

372.4
Mon
L

ERIE CUBANA DE LIBROS DE TEXTO

372.4
Mon
L

LIBRO SEGUNDO DE LECTURA

POR EL

DR. ARTURO MONTORI

RESERVA



HABANA

Lib. e Imp. "La Moderna Poesía"

1918

RVA

R

Leopoldo Ruiz Jimayo
MATANZAS



SERIE CUBANA DE LIBROS DE TEXTO

Leopoldo Ruiz Tamayo.
MATANZAS.

LIBRO SEGUNDO DE LECTURA

POR EL

Dr. ARTURO MONTORI

DIRECTOR DE LA ESCUELA NORMAL PARA MAESTROS
DE LA HABANA Y PROFESOR DE GRAMÁTICA
Y LITERATURA DE LA MISMA.



Ilustraciones de R. LILLO



HABANA

Imp. y Lib. "LA MODERNA POESIA"

Obispo núms. 129 al 139

1918

693015

ES PROPIEDAD

avert



372.4
mon
L

| | |
|-------------------|--------------------|
| Fecha de ingreso: | |
| Fecha de ingreso: | |
| Por | Fondo Aut. |
| Por | 2 vols |
| (Págs.) | |
| (Page) | |
| | 372.8:46 |
| Refé | MON |
| Refé | |
| Fec | Sept 29. 1945 |
| | 20.7.42 |

A LOS MAESTROS

Como este libro ha sido preparado con sujeción a un plan inspirado en las necesidades pedagógicas de los niños, en cuyas manos ha de ser puesto, creo conveniente exponer las ideas directrices a que su preparación ha obedecido a fin de que los maestros puedan manejarlo con toda la eficacia posible.

En primer término, he debido atender a la disposición de los asuntos que forman sus lecciones.

Queriendo guiarme por los intereses infantiles, antes que por otras preocupaciones didácticas, por mucho que la costumbre las haya consagrado, he puesto mi atención en las preferencias que se observan entre los niños en materia de lecturas.

Y creo que, sobre esto, la más superficial observación obtiene en seguida una respuesta: cuando los niños escogen con libertad un libro para leer, la preferencia es casi unánime por los libros de cuentos.

Atendiendo a esta inclinación, he tratado de dar a este libro la mayor semejanza posible con un libro de esta clase.

Cada lección es, en cierto modo, un cuento, en el cual, así el asunto, la trama del argumento, como la extensión, han sido cuidadosamente adaptados a la mentalidad infantil.

No he considerado indiferente el valor ideológico de estas pequeñas composiciones; y, en este aspecto, he creído preferentes estos dos motivos de inspiración: la trascendencia moral y la necesidad de relacionar al niño con los fenómenos naturales de nuestro medio.

Sin sacrificar, en ningún caso, la norma artística y didáctica

José López

que he considerado primordial, he procurado no perder de vista que éste es un libro de lectura que aspira a contribuir a la educación de los niños cubanos.

Y, por esto, me he esforzado por incluir en él la mayor cantidad posible de asuntos tomados de la naturaleza cubana y del fondo de tradiciones y de anhelos que constituyen el acervo patriótico de nuestra población.

Quiero decir algo también acerca de la disposición orgánica que he dado al libro en su conjunto.

Calculando que un curso escolar está formado aproximadamente por 36 semanas, he dispuesto un número de lecciones suficiente para 30 semanas, teniendo en cuenta que un maestro emplea siempre, por lo menos 6, durante un curso, en trabajos de organización, repastos, exámenes o reconocimientos, días festivos o perdidos por circunstancias accidentales.

Para cada semana, he señalado tres lecciones, número que considero adecuado, si se tiene en cuenta que cada lección debe ser objeto de una variada serie de ejercicios destinados a proporcionar al alumno el dominio completo de su contenido ideológico y de su lectura corriente. Así, por ejemplo, los Cursos de Estudios vigentes en las Escuelas Públicas de Cuba, por disposición de la Junta de Superintendentes, recomiendan, con especialidad, los siguientes ejercicios para lograr los fines anteriormente indicados:

- a) Conversación preparatoria para fijar la atención e interesar a los niños en el asunto.
- b) Lectura visual por los niños, para que expongan qué asunto de la lección no han podido comprender.
- c) Explicación de las palabras nuevas, las expresiones figuradas, los giros difíciles, etc.
- d) Análisis y síntesis de la lección, cuando sea posible, para hacer resaltar el sentimiento o sentimientos dominantes en cada parte de la misma y en toda ella.
- f) Resumen sucinto de toda la lección, por el alumno.
- g) Lectura en voz alta por el maestro y por los niños.

De estas tres lecciones semanales, una es, constantemente, una composición poética corta y sencilla, propia, no tan sólo para ser objeto de un ejercicio de lectura, sino también para ser

estudiada de memoria y recitada. Muchas de estas composiciones son fábulas; las demás son casi todas poesías patrióticas.

Son éstas las formas poéticas más asequibles a niños de corta edad; el lirismo puro está fuera del alcance de los niños comprendidos entre los 7 y los 9 ó 10 años, que constituirán, seguramente, el número mayor de los lectores de este libro.

Antes de concluir, quiero referirme a una pequeña modificación que he introducido en la disposición de las lecciones, para que no se crea una omisión involuntaria.

No he seguido la costumbre de colocar al principio de cada lección aquellas palabras que pueden ser consideradas como nuevas, para que los maestros los hagan objeto de un estudio especial.

Creo que solamente éstos pueden saber cuáles son las palabras que sus alumnos desconocen. En la escuela se dan otras clases además de la lectura, y el autor de un libro de esta índole no puede prever el movimiento del vocabulario en un grupo de niños que trabajan en tan variadas disciplinas, bajo la dirección de un maestro.

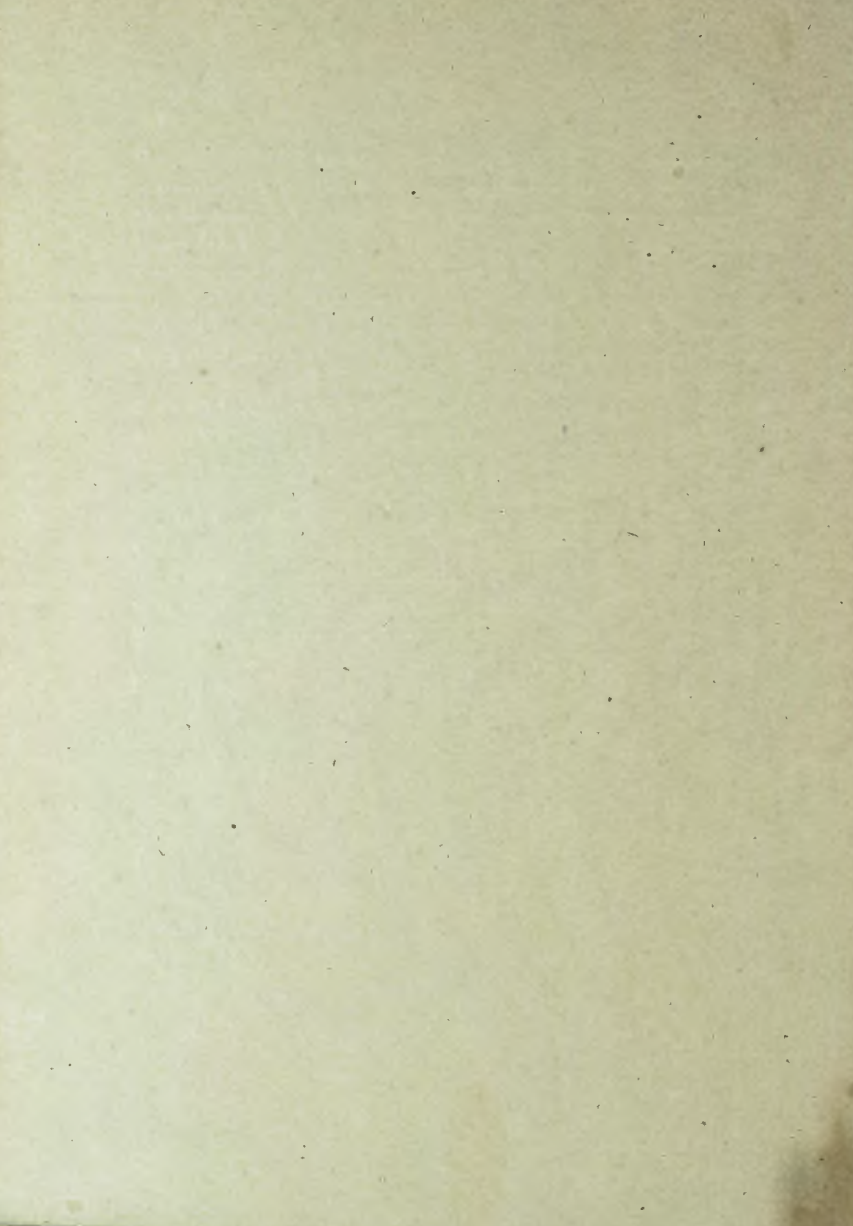
Por tanto, estoy convencido de que no impondré un trabajo más, con esta omisión, a los maestros que usen este libro, pues sé, por experiencia, que este trabajo tienen que realizarlo siempre cuando preparan sus lecciones, a pesar de las indicaciones que el autor de un texto haya querido hacer en este sentido.

Mi deseo ha sido ofrecer un libro útil para la niñez cubana; antes que nadie, los maestros comprenderán, bien pronto, si lo he logrado o no, y, en todo caso, cuáles son las imperfecciones que en él se encuentran.

Siendo éstas modificables, con mucho gusto recibiré las indicaciones que se me hagan para tenerlas en cuenta, si acaso hubiera de preparar, alguna vez, una nueva edición de este libro.

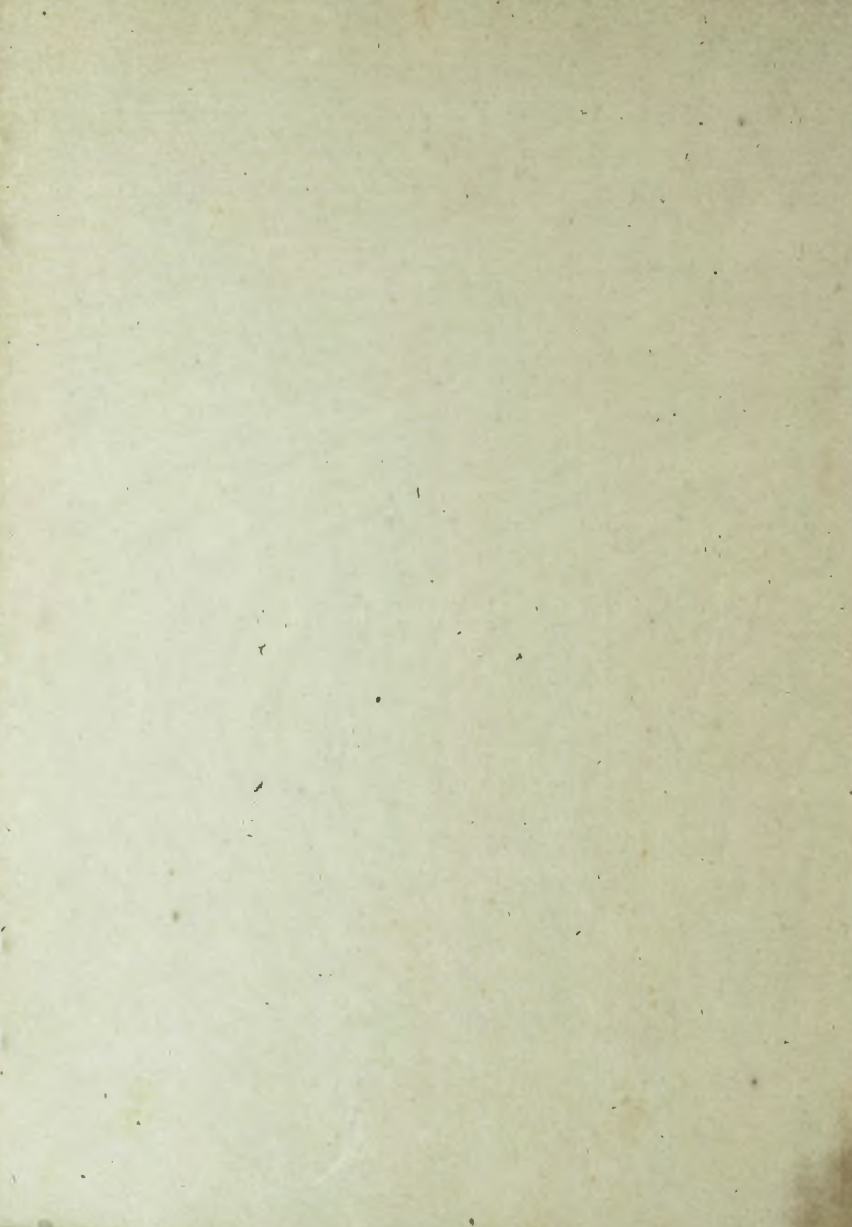
EL AUTOR.

José López



PRIMERA PARTE

José López





I

EL PRIMER DIA DE CLASE

Hoy ha sido el primer día de clase.
Hemos jurado la bandera y hemos
cantado el Himno Nacional.

El año pasado, cuando fuí por primera vez a la escuela, recuerdo que también hicimos este juramento y cantamos el Himno.

José López

Entonces no pude comprender lo que significaban ni el canto ni el juramento.

Era muy pequeño y estaba un poco asustado, pues nunca había ido a la escuela.

¡Ahora sí que he comprendido!

El maestro nos explicó el sentido de las palabras que se dicen al jurar.

Nos prometió contarnos otro día en qué ocasión se compuso el Himno y lo que significan los versos que lo forman.

Yo deseo aprenderlos de memoria para poder recitarlos.





II

EL HIMNO NACIONAL

El Himno que hoy llamamos Nacional, se llamó primeramente Himno de Bayamo.

Fué escrito por el bayamés Pedro Figueredo, el 20 de octubre de 1868,

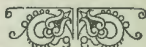
José López

día en que los cubanos entraron victoriosos en Bayamo, después que se hubieron rendido los soldados españoles que guarnecían esta población.

El mismo Pedro Figueredo había compuesto poco antes una pieza de música con el nombre de *La Bayamesa*, que se había hecho muy popular.

La letra del Himno de Bayamo se cantó desde aquel mismo día con la música de *La Bayamesa*, animando a los soldados cubanos, con sus sonidos marciales, en sus luchas por la libertad de Cuba.

El Himno de Bayamo recibió después el nombre de Himno Nacional y es el que cantamos hoy.





III

LETRA DE NUESTRO HIMNO NACIONAL

Nuestro Himno se compone de ocho versos, que son los siguientes:

Al combate corred, bayameses,
Que la Patria os contempla orgullosa:

José López

No temáis una muerte gloriosa,
Que morir por la Patria es vivir.
En cadenas vivir, es vivir
En oprobio y afrenta sumido:
Del clarín escuchad el sonido:
¡A las armas, valientes, corred!



Hay más tumbas ignoradas
debajo de los palmares,
que perlas hay encerradas
en el fondo de los mares.

PEDRO MENDOZA GUERRA.



IV

EL LIBRO DE LECTURA

Hoy he hojeado por primera vez el nuevo libro de lectura que nos ha dado el maestro.

Dice que en él hemos de leer todos los días, durante este curso.

Me ha gustado mucho mi libro de lectura.

Tiene bonitas láminas, muchos cuentos, fábulas y poesías.

José López

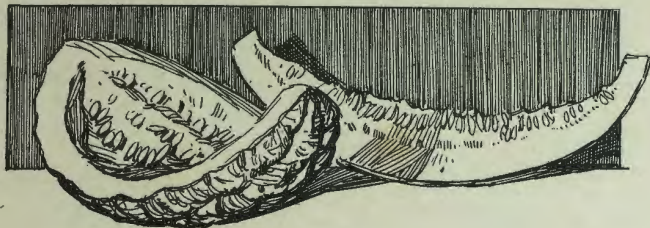
Hubiera querido ver todas las láminas de una vez y leer todas las lecciones antes de cerrarlo.

Pero, no he podido hacerlo porque el tiempo no me alcanzó.

Cuando se lo dije al maestro, me contestó que para todo hay tiempo; que leyendo una lección cada día, todas quedarán leídas al fin.

Vale más hacer las cosas poco a poco, con tal de hacerlas bien, que muy deprisa, si por esto han de quedar mal.





V

LAS DOS SEMILLAS

La semilla de la calabaza dijo a la semilla del melón:

—Soy más hermosa que tú. ¿Cómo puedes estar al lado mío?

Tú eres pequeñita y delgada; yo soy ancha y fuerte; mi almendra es también más carnosa que la tuya.

—Cierto es, contestó la semilla del melón; pero espera a que nos siembren y produzcamos nuestros frutos; veremos, entonces, cuál de los dos prefiere el hombre. Mi fruto es más dulce que el tuyo.

José López

Acudió entonces el hombre y dijo:

—No disputéis más, pues vuestros frutos me son igualmente útiles: con la calabaza hago mi sabroso ajiaco, el melón me sirve de postre y de merienda.

Por lo tanto igual valor tenéis ambas para mí.

No des cabida en tu pecho ni a la vanidad ni a la envidia.





VI

RETRATO DE UNA NIÑA

De rosa son tus mejillas,
Y son de oro tus cabellos,
Y tienen tus ojos bellos
El dulce color del mar;
Es de cisne tu garganta,
Tu mirada de paloma,
Y más puro que el aroma
Es tu aliento de azahar.

PEDRO SANTACILIA.

José López



VII

EL JUGUETE MAS LINDO

—El mejor y más lindo de todos los juguetes es mi automóvil de cuerda, dijo Enriqueta.

—Más me gusta mi linda muñeca que abre y cierra los ojos y dice papá y mamá, replicó Elenita.

—No cambio mi traje de soldado, con mi sable y mi fusil, por ninguno de vuestros juguetes, replicó José.

Llegó entonces el aya viejecita y dijo:

El más lindo juguete para los niños es su propia alegría.

Cuando los niños están contentos, todos los juguetes les parecen bonitos; en cambio, cuando están tristes, todos los juguetes les parecen feos.

Leopoldo Ruiz Tamayo

MATANZAS



José López



VIII

LOS DOS CANGREJOS

Un cangrejo estaba paseando un día por la playa, en compañía de su hijo.

Entonces observó que éste andaba con las piernas torcidas, y, deseando que se quitara este defecto, le dijo:

—No puedes figurarte cuán desgarbado pareces al caminar de ese modo.

¿Por qué caminas así, hijo mío?

—Padre mío, respondió el hijo, yo no hago sino lo que te veo hacer a tí. Tal como tú caminas, camino yo. Si lo hago mal, así lo he aprendido de tí.

Antes de reprender a otros, debemos procurar corregirnos nosotros mismos.



José López



IX

LA SARDINA Y LA OSTRA

A la ostra le dijo la sardina:
—¿Qué se hace usted vecina?
Por más que nado yo, por más que miro,
Sólo en este rincón alcanzo a verla.
¿En qué se ocupa usted en su retiro?
—En criar una perla.

JUAN E. HARTZEMBUSCH.



X

LA PALOMA Y EL SINSONTE

—Maravillada estoy de oír los armoniosos trinos de tu garganta, dijo la paloma al sinsonte.

—¿Me envidias acaso? replicó el pajarito.

—No te envidio, antes al contrario, me produce encanto escuchar tu voz;

José López

quisiera estar siempre oyéndote cantar, contestó la paloma.

—También a mí me gusta muchísimo contemplar el tornasol de tus plumas y oír el suave murmullo de tu voz, cuando arrullas a tus pichones, dijo el sinsonte.

¿Por qué hemos de envidiarnos si cada uno tiene cualidades distintas en las que puede sobresalir?





XI

EL GAVILAN Y EL POLLO

Una gallina sacó a pasear a sus pollitos por el campo.

Pero antes les advirtió:

—Cuando oigáis que yo cacareo con fuerza y ahueco mis alas, es señal de que un gavilán se aproxima. Entonces debéis venir todos a cobijaros debajo de mí, pues, si alguno se quedara fuera, el gavilán se lo llevaría.

José López

Los pollitos estaban muy contentos corriendo entre la hierba y picoteando las semillitas y los gusanitos que encontraban.

En esto, la gallina vió como cruzaba por el suelo la sombra del gavilán; en seguida empezó a cacarear con fuerza.

Todos los pollitos acudieron a refugiarse bajo las alas de la madre; pero, entonces, uno de ellos vió un bichito moviéndose entre la hierba.

—Nada me sucederá si voy a cogerlo, pensó.

Salió de su refugio, mas, antes de que pudiera alcanzar al bichito, el gavilán se precipitó sobre él y se lo llevó.

¡Pobre pollito!

Murió por su desobediencia.

XII

EL MUCHACHO Y EL CRISTAL

Cierto pillo callejero,
de cara desvergonzada,
rompió de una gran pedrada
un hermoso reverbero.

Mas, no emprendió el majadero
bastante a tiempo la huída,
y recibió grave herida
de puntiagudo cristal;
*y es que casi siempre el mal
vuelve al punto de partida.*

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.



José López



XIII

LA ZORRA Y EL ASNO

(De Esópo).

Un asno encontró cierto día una piel de león y se vistió con ella. Así disfrazado, salió a recorrer los campos y los bosques, sembrando el terror entre los demás animales.

Habiendo encontrado a una zorra quiso espantarla, y para ello no se contentó con embestirla, sino que, al

mismo tiempo, se le ocurrió imitar el rugido del león.

—Señor mío, dijo la zorra, si hubiérais guardado silencio, os habría tomado por un león, engañada por vuestro disfraz; pero, ahora que oigo los rebuznos, os conozco y no me dais miedo.

El asno, cuando se vió descubierto, dejó la piel del león y nunca volvió a pretender engañar a los demás, tomando falsas apariencias.



José López



XIV

EL GAVILAN Y EL AURA

Sucedió que una vez el gavilán se enfermó de la vista y llamó al aura para que lo curase.

Esta acudió muy solícita, haciendo grandes demostraciones de interés para que el gavilán tuviera confianza en su curación.

Preparó una medicina con zumo de cebollas y la aplicó a los ojos del enfermo.

Con semejante remedio, el gavilán quedó ciego, y entonces el aura fué a su nido y le comió sus hijos.

Cuando el gavilán se quejaba de la infamia de la falsa curandera, le dijo ésta:

—Mucho temía tus garras y tu pico mientras tu vista estuvo sana; ya no tengo miedo alguno, y por eso me importan poco tus quejas y tus amenazas.

—Procedes, le dijo el gavilán, como animal ruín y cobarde que eres, a quien sólo el temor puede impedir que manifieste la maldad que guarda su corazón.



José López



XV

DOS MILAGROS

Iba un niño travieso
 cazando mariposas;
Las cazaba el bribón, les daba un beso,
Y después las soltaba entre las rosas.

Por tierra en un estero,
 Estaba un sicomoro;
Le da un rayo de sol, y del madero
Muerto, sale volando un ave de oro.

JOSÉ MARTÍ.



XVI

EL HADA Y EL MENDIGO

Un anciano mendigo atravesaba un bosque en busca de un refugio donde pasar aquella noche.

—¡Qué desgraciado soy! pensaba; no tengo una mala choza donde acostar-

José López

me ni una moneda para comprar pan cuando llegue a la población.

Así estaba lamentándose de su pobreza, cuando, de pronto, apareció ante él una bella joven que le dijo:

—¿Cuál es tu mayor deseo en este instante?

—Que mis alforjas se llenen de oro, porque así seré rico, contestó el anciano.

La joven, que era una hada, tocó con su varita mágica las alforjas del mendigo, las cuales al instante quedaron repletas de monedas de oro.

El pobre viejo se llenó de alegría, pero también se llenó de ambición en aquel momento, y dijo a la muchacha:

—Espérame un instante, ya que eres tan buena, que voy a buscar otras alforjas para que también me las llenes de oro. Entre tanto, cuídame éstas.

Cuando volvió con las nuevas alforjas, encontró que las anteriores estaban vacías y que la bella joven había desaparecido.

Entonces el mendigo se lamentaba, diciendo:

—Si me hubiera conformado con las primeras alforjas, ahora sería rico. Por mi ambición me veo otra vez en la misma miseria en que vivía.



José López



XVII

LA ARAÑA Y LA MARIPOSA

En un rincón del bosque, tejía su tela una enorme araña.

A la sazón, acertó a pasar por allí una linda mariposa, de matizados colores, que se detuvo un momento sobre una flor vecina, para libar la miel oculta en el fondo de su corola.

La araña suspendió un momento su trabajo, y contempló al precioso insecto.

—¡Vaya! le dijo.—¡Qué amable ha sido contigo la naturaleza! No tienes más que alargar la trompa hacia el fondo de una flor para encontrar todo el alimento que deseas. En cambio, yo debo pasar todo el día trabajando para fabricar mi tela y para componer después los desperfectos que en ella se producen. Y, así y todo, a veces pasan horas y horas sin que un mal bicho venga a prenderse en ella. ¿No es una injusticia que la vida sea tan fácil para unos y tan difícil para otros?

—Inútiles son tus quejas, replicó la mariposa, pues nada remediarás con ellas. Cada criatura debe vivir con arreglo a sus disposiciones naturales,

José López

procurando sacar de ellas el mejor partido posible.

Ni tú puedes dejar de ser araña ni yo podría dejar de ser mariposa, aunque quisiera. En vez de estar profiriendo quejas, ocúpate en terminar tu tela, porque, como sigas lamentándote, en vez de trabajar, es posible que te quedes sin comer.

Cuando terminó de hablar, la mariposa se remontó en el aire, embriagada por el perfume de las flores y bañada por un rayo de sol que hacía lucir más vivos todavía los lindos colores de sus alas.





XVIII

EL HOMBRE Y EL BUEY

Un hombre, con inclemencia,
a un manso buey maltrató,
y tantos palos le dió
que acabó con su paciencia.

Embistióle con violencia,
furioso y exasperado,
dejándole lesionado
y haciéndole conocer
*que el abuso del poder
siempre da este resultado.*

F. JAVIER BALMASEDA.



XIX

EL VIEJO Y SUS HIJOS

(De Esopo)

Un señor anciano, que tenía varios hijos, enemistados todos entre sí, ideó el siguiente ardid para hacerles entrar en razón y avenirlos.

Los reunió a todos, y mandando traer una porción de varas, las juntó

en un solo haz; entonces preguntó cual de ellos se atrevía a romperlas.

Lo intentaron todos, sin poder conseguirlo, y, entonces, el padre, desatando el haz, les demostró cuán fácilmente se rompía cada vara estando sola.

—Si os mantenéis unidos, les dijo, nadie podrá venceros; si estáis divididos y enemistados, el primero que quiera haceros mal, os perderá.

La unión hace fuertes a los débiles, y la división convierte en débiles a los fuertes.



José López



XX

SERENIDAD DE UN CAZADOR

Un cazador recorría los bosques africanos, cuando se vió atacado por un león al cual acababa de herir y que, por esta causa, se hallaba muy furioso.

No tuvo tiempo para volver a cargar su fusil, pero no perdió la serenidad y, dirigiéndose a la fiera, que corría enfurecida hacia él, le gritó:

—¡Alto! ¡quieto ahí!

El león acortó el paso, perplejo y

dando muestras de algún temor. Era la primera vez que oía la voz humana, y parece que, por esto, se sintió impresionado.

Pero, casi en seguida, se repuso y empezó a marchar otra vez hacia el cazador; éste, levantando ambos puños en alto, le gritó con voz más fuerte y con acento más autoritario todavía que la vez anterior:

—*¡Alto he dicho! ¡Quieto ahí!*

Esto, trastornó tanto al león, que, en lugar de arrojarse sobre él, se detuvo sin saber qué hacer.

Entonces, el hombre empezó a retirarse lentamente. Al fin, la fiera, desconcertada, dió media vuelta y se alejó de allí con la mayor rapidez.

José López



XXI

EL PERRO Y EL TORO

Un perro a un toro decía:
“Dispensa si te mordí
en el bosque el otro día;
yo siempre tu amigo fuí.”

Dióle el toro una cornada
que lo dejó sin sentido,
y le dijo:—“¡Vaya! es nada,
yo siempre tu amigo he sido”.

¡Cómo advirtió el animal
que hay seres, que, en vil concierto,
*después de que hacen el mal
quieren ponerse a cubierto!*

F. JAVIER BALMASEDA.



XXII

LA HORMIGA VANIDOSA

Con paso lento y el testuz inclinado, regresaba un buey del campo donde había trabajado todo el día.

Una hormiga, que desde el comienzo del trabajo había subido por las patas y a través del cuerpo del buey hasta uno de sus cuernos, contemplaba desde allí, con orgullo, a todos los demás insectos que encontraba en el camino.

José López

Un grillo, escondido entre las hojas de un arbusto, le preguntó:

—¿De dónde viene mi buena hermana, la señora hormiga?

—¿No lo ve el preguntón?—contestó aquélla con desabrimiento y dándose importancia—vengo de labrar con mi compañero, el buey.

Como la hormiga son algunas personas: *Se muestran envanecidas creyendo que han tomado parte en grandes trabajos que otros han realizado, y que ellas no han hecho más que presenciar.*





XXIII

LA ZORRA Y EL TAMBOR

(Del libro "Callia e Dimna")

Cierta vez, una zorra pasó cerca de un árbol, en una de cuyas ramas había colgado un tambor.

El viento agitó las ramas del árbol y algunas chocaron contra la piel del tambor, el cual sonó con gran estrépito.

Al principio, la zorra se atemorizó, pensando que una voz tan bronca de-

José López

bía provenir de algún animal muy fiero.

Después, al ver el tambor, se aproximó con cautela, siempre temiendo recibir alguna sorpresa desagradable; pero, poco a poco, fué perdiendo el miedo y al cabo de un rato se dirigió hacia el tambor y de un zarpazo le desgarró la piel, viendo con sorpresa que estaba hueco.

—Por ventura, dijo la zorra entonces, *las cosas más estrepitosas no son siempre las más temibles.*





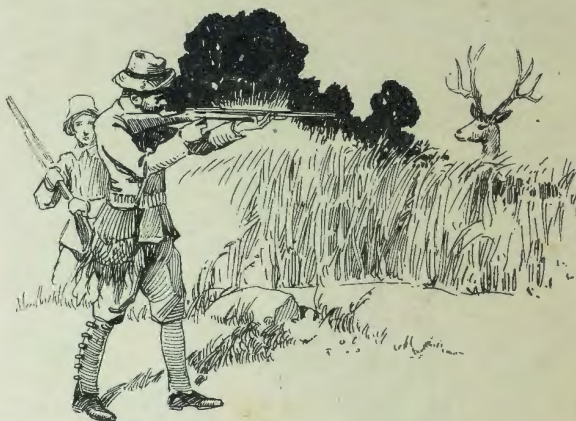
XXIV

EL ARABE HAMBRIENTO

Perdido en un desierto
Un árabe infeliz, ya medio muerto
De sed, hambre y fatiga,
Se encontró un envoltorio de vejiga.
Lo levantó, le sorprendió el sonido,
Y dijo de placer estremecido:
—Ostras deben de ser.— Mas, al verterlas
—¡Ay! (exclamó) son perlas.
*En ciertas ocasiones
No le valen al rico sus millones.*

JUAN E. HARTZEMBUSCH.

José López



XXV

LOS CAZADORES Y EL VENADO

Un venado iba huyendo de unos cazadores que lo perseguían.

Al fin, hallándose muy cansado, se escondió entre unas matas cubiertas de bejucos, que formaban un manigüal muy espeso.

Los cazadores pasaron por allí cerca, pero no lo pudieron ver.

Entonces, el venado, creyéndose ya libre, empezó a comerse las hojas de los bejucos que lo habían ocultado, con lo cual quedó al descubierto.

—Muy ingrato eres con nosotros, dijeron los bejucos; te hemos ocultado de la vista de tus perseguidores, y, ahora, en pago de nuestra protección, te comes nuestras hojas.

En esto, acertaron a pasar de nuevo los cazadores, que ya se retiraban cansados de buscar al venado.

Pero uno de ellos lo vió y, apuntándole con su escopeta, le disparó un tiro que lo dejó muerto en el acto.

Si el venado hubiera tenido un poco más de paciencia y de agradecimiento, y no se hubiera creído fuera de peligro, cuando en realidad no era así, hubiera salvado su vida.

José López



XXVI

EL CARIÑO DEBIDO A NUESTROS PADRES

Un día que Valentín volvía de la escuela, llovía a cántaros; el niño se detuvo en el portal de la fragua donde trabajaba su padre.

El padre de Valentín estaba trabajando con un pesado martillo.

¡Pam! ¡pam! ¡pam! El martillo caía

sobre el hierro haciendo brotar una lluvia de chispas.

La gran fragua estaba toda iluminada por resplandores rojizos; el rostro del padre parecía igualmente rojo, gracias al fuego de la fragua.

De cuando en cuando, se enjugaba la frente bañada en sudor.

—¡Cómo se fatiga mi padre! pensó Valentín, y la lluvia sigue cayendo! Al volver a casa, vendrá todo mojado y podrá ponerse enfermo.

Cinco minutos después estaba de regreso trayéndole a su padre una prenda de más abrigo que su blusa.

El padre, conmovido por la atención cariñosa de su hijo, le besó con ternura, mientras su rostro ennegrecido por el humo de la fragua, se veía iluminado por una sonrisa.

M. GUYAU.

José López



XXVII

LA CICATRIZ

A D. Juan D. Diego hirió,
Y aunque arrepentido luego
Curó al D. Juan el D. Diego,
La cicatriz le quedó:
De esto a inferir vengo yo
Que nadie, si es cuerdo y sabio,

Debe herir ni aun con el labio,
Pues aunque curarse pueda
Siempre al ultraje le queda
La cicatriz del agravio.

M. A. PRÍNCIPE.



*Cuando sientas impulso de ofender a
una persona, piensa:*

*—¿Me gustaría que alguien me ofendie-
ra de este modo?*

4
José López



XXVIII

LA LECHUZA Y EL CABALLO

Cierta vez, los animales debían celebrar una gran asamblea y convinieron en que uno de cada especie representara a los demás.

La lechuza envió a su hijo, pero después que éste hubo partido notó que había dejado los espejuelos olvidados.

Entonces llamó al caballo y le rogó que llevara los espejuelos a su hijo.

El caballo le preguntó cómo lo distinguiría entre los diversos animales, y la lechuza le dijo que se fijara en el más hermoso de todos, que aquél seguramente sería su hijo.

—¿Será el pavo real? interrogó el caballo.

—No, contestó la lechuza, puesto que éste tiene los pies muy feos.

—¿Será entonces la paloma? volvió a decir el caballo.

—Tampoco, respondió la lechuza; puesto que ésta tiene las carnes demasiado blandas.

—Explicame entonces como lo conoceré, replicó el caballo.

Dijo ella entonces:

—Aquél que veas con una cabeza

José López

parecida a la mía, y parecidos ojos y parecidas plumas, tal es mi precioso hijo.

Partió el caballo a cumplir el encargo de la lechuza, en tanto que iba diciendo para sí:

—*Bien es cierto que aquello que uno ama es lo que le parece más hermoso.*





XXIX

UN JUEGO DIVERTIDO

El día del cumpleaños de Pedrito, se reunieron en su casa varios amiguitos suyos.

Después de haber comido dulces, pidieron permiso para ir al patio a jugar.

—¿A qué juego jugaremos? preguntó Andrés.

José López

—Al de “los lobos cazadores” propuso Julián.

—Yo no conozco ese juego, dijo Pedrito.

—Yo te lo explicaré, dijo Julián.

Un niño es el cordero y otros tres o cuatro son los lobos que quieren cazarlo. El cordero tiene en sus manos tantas pelotas como lobos hay. Sale primero el cordero corriendo, y, cuando está algo adelantado, parten los lobos para cazarlo.

Cuando el cordero ve que algún lobo se le acerca demasiado, tira una pelota hacia atrás o hacia un lado, y aquel lobo tiene entonces que ir a cogerla para poder seguir la cacería.

Cuando se le acerca demasiado otro lobo tira otra pelota; y así hace siempre que un lobo se le acerca, en tanto

le queden pelotas. Si el cordero llega a la valla sin haber sido cogido por un lobo, ha ganado el juego y sigue haciendo de cordero. Pero, si un lobo lo alcanza, éste gana y pasa a ser el cordero.

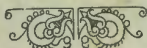
—Me ha gustado el juego, dijo Andrés, vamos a jugar.

Toda la tarde estuvieron jugando al juego de “los lobos cazadores”; al fin llegó la mamá de Pedrito y, viendo lo sofocados que estaban, les dijo:

—Siéntense un rato para que descanen, pues ya están muy sofocados.

—¡Cuánto nos hemos divertido! dijeron los niños.

Otro día que nos reunamos haremos el mismo juego.



José López



XXX

UN GUAJIRO

Por la orilla floreciente
Que baña el río de Yara,
Donde dulce, fresca y clara
Se desliza la corriente;
Donde brilla el sol ardiente
De nuestra abrasada zona

Y un cielo hermoso corona
La selva, el monte y el prado,
Iba un guajiro montado
Sobre una yegua trotona.

JUAN C. NÁPOLES FAJARDO.



José López



XXXI

EL CORTADOR DE LEÑA

En las cercanías de un bosque vivía un pobre leñador que se dedicaba a cortar leña y a llevarla a la ciudad para venderla.

Un día dejó olvidada su hacha en el lugar donde estuvo cortando leña, y, cuando volvió a buscarla, ya no la encontró.

Se quejaba de su mala suerte, cuando se le apareció una hada que, enseñándole una hacha de oro, le dijo:

—¿Es esta el hacha que has perdido?

—¡Pobre de mí!—dijo el leñador.—

Si yo hubiera tenido una hacha de tanto valor, no hubiera seguido cortando leña.

—¿Será ésta entonces?—repuso el hada, mostrándole una de plata.

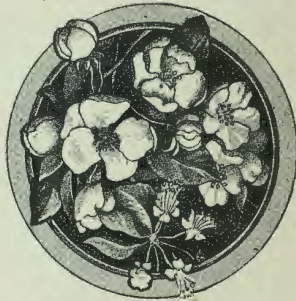
—Tampoco, replicó el anciano.

—¿Y ésta?, volvió a decir el hada, presentándole la misma que él había perdido.

—¡Esta sí es mi hacha! dijo entonces el leñador, lleno de alegría.

José López

El hada, al ver la sinceridad del leñador, no solamente le dió su hacha, sino las otras dos que le había mostrado anteriormente.





XXXII

LA IMPRUDENCIA DE UN NIÑO

Varios niños se estaban bañando en el remanso de un río, lugar donde no tenían peligro.

Pero, a cierta distancia de allí, había un remolino muy fuerte, al que nadie se atrevía a aproximarse.

Juanito era el mejor nadador y, un día, queriendo hacer alarde de su destreza, dijo:

—Yo me atrevo a cruzar nadando

José López

el remolino. ¿Quién es tan valiente que me quiera acompañar?

—Ve tú, si quieres, dijeron los demás niños, puesto que te consideras el mejor nadador.

Engreído Juanito con estas palabras, se dirigió hacia el remolino.

Pero, al llegar a él se vió envuelto por la fuerza del agua y arrastrado hacia el fondo.

Atraído por los gritos que el niño daba, acudió un campesino que se hallaba próximo y lo sacó del río, cuando estaba ya a punto de ahogarse.

Juanito no se aproximó más al remolino.





XXXIII

AGRAMONTE

Cuba tuvo un Agramonte,
un hijo del Camagüey,
que fué a combatir al monte
a los soldados del Rey.

Cayó en su puesto de honor
el hijo del Camagüey,
y el muerto causó pavor
a los soldados del Rey.

José López

Y su cadáver augusto
quemaron en Camagüey,
porque el muerto daba susto
a los soldados del Rey.

PEDRO MENDOZA GUERRA.



Morir por la patria es vivir.



XXXIV

LAS TRES CRIADAS

Al solicitar una criada la esposa de un hacendado, tres muchachas fueron a ofrecérsele para el puesto.

—Ahora—dijo el marido—te voy a enseñar cómo se escoge una buena criada.

Y puso una escoba atravesada en el camino que conducía a la puerta de la granja.

José López

La primera muchacha echó la escoba a un lado de un puntapié y el hacendado dijo:

—Es una chica perezosa, no le gusta trabajar.

La segunda muchacha pasó sobre la escoba.

—No nos sirve—dijo el señor, pasaría por alto su trabajo.

La tercera muchacha recogió la escoba y la puso en un rincón fuera del camino, y el caballero dijo:

—Esta es la muchacha que nos conviene; es ordenada, activa y muy hacendosa.

Y ella fué la escogida por su esposa.





XXXV

EL MURCIÉLAGO Y EL COCUYO

Al oscurecer, salió el murciélago de su escondite y empezó a revolotear por los contornos.

Pensaba al mismo tiempo:

—Tengo hambre, pues, desde anoche, no he comido nada. En cuanto encuentre un bichito me lo como.

El cocuyo, que estaba dormido en una rama del ateje, despertó con el ruido de las alas del murciélago.

José López

Miró al cielo y lo vió lleno de estrellas que brillaban.

—Yo también puedo brillar como ellas, dijo para sí, y encendió sus focos de luz.

En el mismo instante, el murciélago se arrojó sobre él y lo apresó.

—No me mates ¡oh gran murciélago! dijo el cocuyo.

—Si me dejas vivir, te prometo acompañarte siempre por donde quiera que vayas, alumbrándote el camino.

—¿Quién te ha dicho que yo necesito luz, bicho imprudente? replicó el murciélago. Te odio a tí como odio al sol y a todo lo que brilla; tan sólo estoy contento en medio de las tinieblas. Si no brillaras, podría perdonarte; pero tu luz me ofende y por lo tanto debes morir.

Al decir ésto, lo cogió entre sus dientes y lo despedazó.



XXXVI

LOS CARACOLES

Dos caracoles un día
Tuvieron fuerte quimera,
Sobre quien mayor carrera
En menos tiempo daría.

Una rana les decía:

—Yo he llegado a sospechar
Que sois ambos a la par.
Algo duros de mover:
Antes de echar a correr,
Mirad si podéis andar.

JUAN E. HARTZEMBUSCH.

José López



XXXVII

EL AUTOMOVIL Y LA CARRETA

Se encontraron, en un camino, el automóvil y la carreta.

Dijo ésta al primero:

—Relumbrante y estrepitoso vienes, amigo. ¿Pero, qué prisa tienes? Acorta un poco el paso, camina al lado mío y cuéntame como puedes moverte sin bueyes ni mulos que tiren de tí.

Trató el automóvil de disminuir su

velocidad, pero no pudo marchar, de ningún modo, al paso de la carreta.

—Perdóname que no te complazca, le dijo entonces; es demasiado impetuosa la fuerza que me impulsa y no puedo caminar al mismo paso que tú.

Además, aunque quisiera explicarte el mecanismo que produce mi movimiento, tú no lo comprenderías. ¿Para qué perder el tiempo inútilmente? ¡Adiós, que estoy de prisa!

Quedó la carreta chirriando de disgusto, pero el automóvil ya no pudo atenderla más.

Se alejó de allí, envuelto en una nube de humo y de polvo, hasta que se perdió de vista en la lejanía del camino.



José López



XXXVIII

EL GAVILAN Y EL AEROPLANO

Volaba un gavilán por encima de un gallinero, acechando a los pollos que allí había, para ver si podía cazar alguno.

En esto, sintió un gran ruido en el aire y, al fijarse, vió una enorme máquina que pasaba por allí.

A él le pareció que debía ser alguna nueva y fiera ave de rapiña que venía a disputarle los pollos que él quería

cazar, cuando no era sino un aeroplano, conducido por el aviador, que estaba recorriendo aquel lugar.

—¿Qué vienes a buscar aquí? dijo el gavilán al aeroplano. Mía es toda esta comarca, y a todos los gavilanes que quisieron disputármela, los vencí con mis garras y mi pico. Vete, si no quieres morir como ellos.

El aeroplano continuó impasible su vuelo hacia adelante, sin que el aviador notara siquiera la presencia del gavilán.

Este, ofuscado por la cólera, se arrojó sobre la máquina, pero, al ser cogido por la hélice, fué deshecho en mil pedazos, y sus plumas se dispersaron arrebatadas por el viento.

Así murió el fiero gavilán, víctima de su propia soberbia.

José López



XXXIX

CABELLOS BLANCOS

No los arranques, no los ultrajes,
pálidas flores de invierno son;
acaso, acaso, les presten savia
latidos últimos del corazón.

Para las tumbas, joven, respeto;
para las canas, veneración,
que toda cana flor es, que brota
sobre el sepulcro de una ilusión.

RICARDO PALMA.



XL

LA UNION ENTRE HERMANOS

Dos hermanos, celosos uno del otro, se peleaban a cada momento.

Su padre les refirió la siguiente fábula:

—“Un día, la mano izquierda, celosa de la mano derecha, empezó a disputar

José López

con ella, pues quería arrancarle lo que tenía cogido.

Las dos acabaron por hacerse daño mutuamente. Entonces la cabeza dijo a las dos manos:

—Sois hermanas alimentadas por la misma sangre: ¿no comprendéis que cada una de vosotras, al hacer daño a la otra, se lo hace a sí misma? ¡Ayudaos mutuamente en lugar de haceros la guerra!”

El padre añadió:—Hijos míos, sois como las dos manos de la fábula; manos fraternales, juníos en vez de haceros la guerra!

Y cogiendo con sus brazos a sus dos hijos los hizo abrazarse.

M. GUYAU.





XLI

LOS DOS GORRIONES Y EL ABEJORRO

Zumbaba un abejorro entre las hojas de un arbusto, cuando, de pronto, lo vieron dos gorriones a la vez.

Se hallaba uno en el alero del tejado y el otro, entre las ramas de un álamo.

Al mismo tiempo, se lanzaron los dos gorriones sobre el abejorro; pero, al llegar a él, se vieron el uno al otro y, deteniéndose un instante en una rama del arbusto, quedaron mirándose con

José López

las plumas erizadas y los ojos chispeantes por la cólera.

—¿Qué vienes a buscar aquí? preguntó uno de los gorriones. Yo ví primeramente al abejorro y, por lo tanto, me pertenece.

—Me parece que estás un poco trastornado, dijo el otro gorrión. Mucho antes que tú lo he visto yo: ¡tócalo si te atreves!

—¡Cómo que si me atrevo! replicó el primero. A él y a tí os he de hacer pedazos con mi pico.

En seguida, los dos gorriones enfurecidos se arrojaron el uno sobre el otro, dándose terribles picotazos.

Entretanto, el abejorro, que había comprendido el peligro en que se hallaba, alzó el vuelo y se alejó de allí a toda prisa, diciendo para sí:

—Gracias a vuestra rivalidad he sal-

vado yo mi vida. Ahora, podéis seguir haciéndoos pedazos, hasta que os sintáis desfallecidos; pero me parece difícil que podáis alcanzarme después, para **saciar** vuestro apetito conmigo.

Cuando los dos gorriones se cansaron de darse picotazos se detuvieron un momento, advirtiendo entonces que el abejorro había desaparecido.

—¡Qué tontos hemos sido! dijo uno de ellos. En tanto nosotros estábamos destrozándonos, el abejorro se apresuró a marcharse.

Ahora, nosotros nos quedamos con unas cuantas plumas de menos y sin la comida que apetecíamos.



José López

Legado de José López
MATANZAS



XLII

RIQUEZA

No envidia a la opulencia.
Sus vanos esplendores
El que en el alma guarda
Un tesoro mayor.

El cielo tiene estrellas,
La tierra tiene flores,
El mar tiene sus perlas:
Pero mi corazón tiene tu amor.

RICARDO PALMA.



XLIII

EL ESCARABAJÓ DE LUZ

Un escarabajo, al cual los chiquillos habían colocado en las espaldas una cerilla encendida, notó, con orgullo, que él mismo producía la claridad que le circundaba.

—¡Soy gusano de luz! ¡Mira que bien alumbro! decía aproximándose a los suyos. Tengo la naturaleza de los astros. ¡Adoradme!

Pero pronto se fué consumiendo la cerilla y el pobre insecto sintió que se

José López

le tostaba la coraza. El dolor le hizo retorcerse y rodar hasta un arroyo, lo que le salvó la vida cuando iba a achicharrarse.

Sus compañeros le rodearon entonces, riéndose de sus pretensiones luminosas.

—¡Alúmbranos! le decían. ¿Cómo es que ya no luces?

Pero el escarabajo, en vez de avergonzarse, decía con orgullo:

—Soy un sol apagado. ¿Quién puede quitarme la categoría que he tenido?

Cuando los ruines han brillado un momento, siguen envaneciéndose al volver a la obscuridad, aunque hayan brillado por llevar un farol postizo en las espaldas.



XLIV

EL REY JUSTICIERO

(Del "Libro de los Exemplos")

Antiguamente, existió un rey que se hizo notable por su espíritu de rectitud y de justicia.

En cierta ocasión, el príncipe, su hijo, cometió un delito, el cual, según las leyes, debía ser castigado con la pérdida de los dos ojos.

El rey quería mucho a su hijo y se llenó de tristeza cuando comprendió

José López

que tenía que escoger entre faltar a la ley o dejar a su hijo ciego.

—¿Qué haré? Se preguntaba con el corazón oprimido por la angustia. Si no aplico a mi hijo el castigo señalado por las leyes, el pueblo me tildará de injusto. Si dejo que se cumpla la ley, lo haré desgraciado para siempre.

En aquella lucha entablada en su ánimo entre el deber y el cariño paternal, resolvió al fin ordenar que le sacaran a su hijo un solo ojo y que a él le sacaran otro, con lo cual ambos quedaban con vista.

El pueblo quedó admirado de la rectitud demostrada por el rey, así como del gran sacrificio en que había consentido, arrastrado por su amor paternal.



XLV

VERSOS SENCILLOS

Cultivo una rosa blanca
En julio como en enero,
Para el amigo sincero
Que me da su mano franca.



Y para el cruel que me arranca
El corazón con que vivo,
Cardo ni ortiga cultivo:
Cultivo la rosa blanca.

José López

Tiene el leopardo un abrigo
En su monte seco y pardo;
Yo tengo más que el leopardo;
Porque tengo un buen amigo.



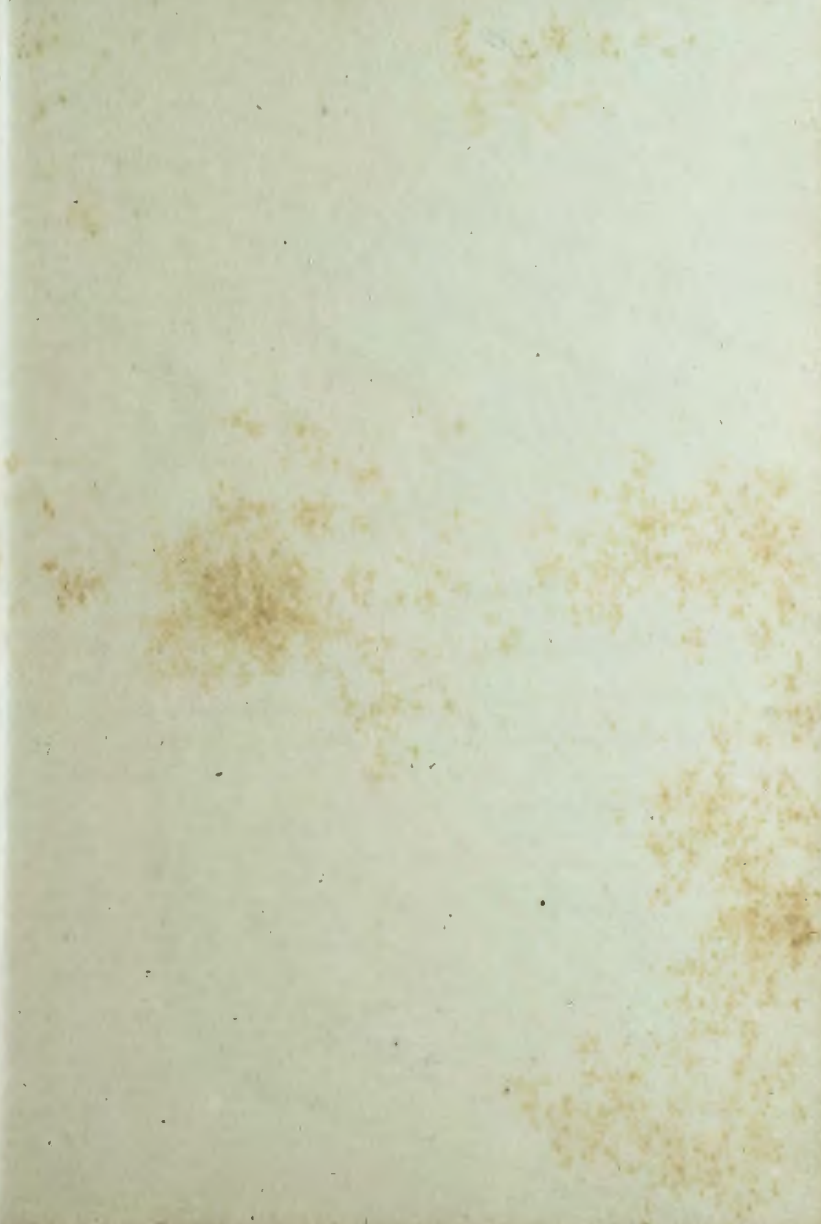
Yo quiero, cuando me muera
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores y una bandera.

JOSÉ MARTÍ.



SEGUNDA PARTE

José López





XLVI

LA NUBE BLANCA Y LA NUBE PARDA

Desde la rama del rosal en que había nacido, contemplaba una rosa el lindo color del cielo azul en un ardiente día de verano.

Por el horizonte apareció una pequeña nube blanca que avanzó por el espacio hasta quedar encima de la rosa.

—No te vayas nubecita, dijo la rosa;

José López

me gusta ver tu deslumbrante blancura y sentir la frescura que tu sombra me produce.

—No puedo detenerme, linda rosa; contestó la nube. ¿No ves que el viento me arrastra y yo no puedo resistir? El es más fuerte que yo y me lleva a donde quiere.

Después, continuó su marcha, alejándose de allí.

Apareció luego otra nube de un feo color parduzco, que avanzó también, hasta colocarse encima de la rosa.

—¡Qué fea eres! dijo ésta; me alegraría que te fueras en seguida y que volviera la bonita nube blanca que pasó antes.

Pero la nube parda contestó a la rosa:

—Siento mucho molestarte, pero el viento ha cesado de soplar y debo que-

darme aquí hasta que él vuelva a impulsarme o hasta que me disuelva én chorros de lluvia que caigan sobre la tierra.

Después que me haya ido veremos si mi visita te ha sido grata o no.

Se quedó allí y, al poco rato, empezó a dejar caer gruesas gotas de lluvia.

Cuando terminó el aguacero, dijo la rosa:

—Me pareciste fea cuando te ví, pero, ¡qué buena has sido conmigo! Me libraste un rato de los ardientes rayos del sol y dejaste caer sobre mí tu bienhechora lluvia que ha refrescado mis pétalos y me ha dado nueva vida.



José López



XLVII

EL CABALLO DE ALFREDITO

El papá de Alfredito lo llevó a pasar el día del domingo en el campo.

Allí tiene Alfredito un caballo y un chivo.

El caballo se llama Relámpago.

En cuanto llegó a la finca, se dirigió Alfredito a la cuadra para ver a su caballo.

Este se puso muy contento en cuanto vió al niño. Relinchó de alegría y, después, se acercó a él, oliéndole la mano.

—¿Estás contento, Relámpago? le preguntó Alfredo. Hoy vamos a pasear juntos por el campo.

—Estoy contento por verte a tí, respondió el caballo; pero, cuando estoy solo, me fastidio mucho, metido todo el día en esta cuadra.

Además, tengo por vecino a un gallo muy impertinente; todas las mañanas me despierta con su canto; a veces, me parece que quiere provocarme.



José López

El gallo, que estaba escuchando, se acercó y dijo:

—Es cierto que me gusta cantar por la mañana; pero no lo hago para provocarte a tí, amigo caballo. Es que oigo a los otros gallos de la vecindad y siento el deseo de cantar con más fuerza que ellos. No me gusta que ningún otro gallo me aventaje.

—¿Has oído? dijo Alfredito al caballo. Ningún motivo hay para que estéis disgustados el uno con el otro. Yo os quiero a los dos: a tí, para que me lleves a pasear por la campiña, y a mi buen amigo, el gallo, para que cuide las gallinas de mi gallinero.

Desde aquel día, el gallo cantador y el caballo Relámpago fueron los mejores amigos del mundo.

Siempre vivieron juntos sin que entre ellos hubiera el más leve disgusto.



XLVIII

EL RIO Y LAS FUENTES

Dando al desprecio las fuentes,
su altivez mostraba el río,
y ellas, viendo su desvío,
detuvieron sus corrientes.

Oyéronse las dolientes
quejas de los lugareños
de aquel río ribereños,
porque se secó, probando
lo que son los grandes, cuando
se le oponen los pequeños.

F. JAVIER BALMASEDA.

José López



XLIX

UN FALLO JUSTO

Un poderoso rey tenía un palacio, cerca del cual había un molino que afeaba la perspectiva de los alrededores.

Un día, ordenó que se preguntara al molinero a qué precio cedería el molino, para derribarlo y deshacer así aquel estorbo.

Pero, el molinero se negó a venderlo,

y entonces el rey mandó que se derribase el molino sin esperar más.

El pobre molinero no hizo la menor resistencia, pero, confiando en los jueces de su país, presentó una demanda ante el juzgado.

Los jueces, dando un hermoso ejemplo de independencia, condenaron al monarca a reedificar el molino y a satisfacer, además, una crecida suma en compensación de daños y perjuicios.

El rey, muy complacido, a pesar de su castigo, exclamó, al verse sentenciado:

“Veo, con satisfacción, que hay leyes justas y jueces rectos en mi país.



José López



L

EL MAJÁ Y EL GATO

Un majá hambriento rondaba una casa de campo, para ver si encontraba alguna gallina o algún conejo; en uno de sus viajes se encontró con un gatito, al que dijo:

— Verdaderamente, no eres una gran comida para quien se está muriendo de hambre, como me sucede a mí. Pero,

en este momento, vale más algo que nada.

—¡Oh, no me comas!—exclamó el gatito.—Yo sé donde el amo tiene una cría de conejos. Ven conmigo.

El gatito acompañó al majá al patio de la casa, donde había un pozo, y, atados a la cuerda de la garrucha, dos cubos.

—Mira hacia el fondo del pozo y verás los conejos, dijo el gatito.

El majá se asomó al brocal y vió, en el fondo, las nubes reflejadas por el agua.

—¿Los ves jugando, allá en el fondo? dijo el gatito.

Después saltó a uno de los cubos, diciendo:—¡Así se baja!

La garrucha dió algunas vueltas, mientras descendía el gatito metido en su cubo, hasta el fondo del pozo. Pero

José López

el gatito conocía el camino y era muy astuto, de suerte que, al tocar el cubo en el agua, saltó a la cuerda y se mantuvo firme y bien agarrado con sus uñas.

—¿Puedes subir uno de esos conejos?—preguntó el majá.

—No, son demasiado pesados—dijo el gatito. Debes bajar tú.

Los cubos estaban colocados de tal manera que, al bajar uno, subía el que estaba en el fondo.

Al meterse el majá en el cubo, descendió rápidamente hasta caer en el agua. El majá se ahogó, mientras el gatito, trepando por la soga, llegó hasta el brocal y escapó.





LI

A LA BANDERA CUBANA

Bandera de gloria, que al ala del viento
despliegas tus amplios girones de cielo,
y sobre el ensueño de tu patria elevas
el diamante heroico de tu clara estrella.

Recibe el saludo de nuestra esperanza
tú, que de nosotros la promesa aguardas,
pabellón de gloria, rama de laurel,
que amparas los sueños de nuestra niñez.

FEDERICO URBACH.

José López



LII

UN PLEITO BIEN FALLADO

Dos muchachos, que se hallaban paseando por el campo, se encontraron una nuez. En seguida, empezaron a disputar, pues los dos querían quedarse con ella.

—Yo la he visto primero, dijo uno; así es que me pertenece,

—En cambio, yo la he cogido, dijo el otro, y tengo derecho a quedarme con ella.

En este momento, pasó por allí un hombre, al cual llamaron para que fallara el asunto.

Este aceptó el encargo, pero antes de expresar su opinión, exigió a los litigantes que acataran su fallo, cualquiera que éste fuese. Así lo prometieron aquéllos y, entonces, dijo:

—Yo creo que los dos tenéis derecho a la nuez; así pues, la dividiré entre los dos y de este modo quedaréis satisfechos.

La abrió entonces, y se comió en seguida el grano; después, entregó a cada muchacho una de las cáscaras vacías.

—¡Pero usted se ha comido la nuez! exclamaron ellos.

—¡Ah! Esta es mi recompensa por

José López

resolver el asunto, contestó el hombre. Pero, todo lo demás lo he dividido de una manera equitativa entre vosotros.

Hay un refrán que dice: *Vale más una mala transacción que un buen pleito.*





LIII

LA MARIPOSA Y LA FLOR

Vivía en un jardín una linda y perfumada flor, contenta de su buena suerte, que la había rodeado de tantas distintas flores de bonitos pétalos y agradables aromas.

Una mariposa, que revoloteaba por el jardín, vino a posarse un día sobre su corola.

La flor quedó encantada con aquella visita.

José López

—No te vayas más de mi lado, le dijo; en el fondo de mi corola puedes hallar todo el néctar que deseas.

—No puede ser, pobrecita flor, contestó la mariposa; me moriría de fastidio si tuviera que permanecer inmóvil, sin revolotear por el jardín y sin visitar a las otras flores.

Cuando dijo ésto, abrió sus alitas y se remontó en el aire.

Un zonzún, que había escuchado esta conversación, se acercó zumbando y dijo a la linda flor:

—Recobra tu alegría y no te aflijas inútilmente; no es bueno exigir a ninguna criatura acciones que contraríen su natural manera de ser.





LIV

LA ZARZA

A la zarza punzante

Un sauce preguntó: ¿Por qué manía

Cuando cerca de tí pasa un viajante

Clavas la garra en él con tal porfía?

¿Es que te ofende si contigo topa,

O tratas de quedarte con su ropa?

--No es (contestó el arbusto) por quitarla,

Pues en mí no la empleo:

Pero me tiro a cuanta ropa veo,

Porque tengo un placer en desgarrarla.

JUAN E. HARTZEMBUSCH.

José López



LV

BUENAS Y MALAS PALABRAS

Anita y Luis dijeron a su abuelita:
—Relátenos un cuento, abuelita, que ya estamos cansados de jugar.

—Pues señor, dijo la anciana, había una vez dos hermanas, una de carácter dulce y amable, la otra de muy mal genio.

Estaban paseando por el campo cuando encontraron una viejecita que les preguntó:

—¿Cuál es el camino para llegar a la ciudad?

La niña de mal genio contestó:

—Debió Vd. haberlo averiguado antes de ponerse en camino, vieja impertinente, y así no tendría necesidad de preguntar.

La niña de carácter dulce y amable dijo:

—Tome este sendero y siga siempre hacia la derecha; así llegará V. a la ciudad, buena señora.

La viejecita, que era una hada, tomó entonces su verdadera figura, y dijo:

—Cada vez que pronuncies una palabra, niña de carácter dulce, saldrá de tu boca una moneda de oro, y de la tuya, niña de mal genio, saldrá una sabandija cada vez que la abras, aunque sea para respirar.

Anita y Luis dijeron entonces:

José López

—Quisiera ser como la niña de carácter dulce, para tener una moneda de oro cada vez que abra la boca.

—Mejores que monedas de oro, dijo la abuelita, son las palabras buenas y amables que pronuncian los niños de carácter dulce; y, peores que sabandijas, son las malas palabras que dicen los niños de mal genio.



EL PIÑON Y EL BEJUCO

Al pie de una florecida mata de piñón, nació un humilde bejuco.

Cuando el piñón advirtió a aquel endeble tallito que había prendido casi encima de sus raíces, empezó a burlarse de él.

—¿No te da pena vivir al lado mío, siendo yo una mata tan hermosa y llena de flores, mien-



José López

tras que tú no eres más que una pobre brizna de yerba? Mira cuantas abejas y mariposas hay posadas en mis flores, en tanto que a tus hojas no acude ni un insignificante gusanillo.

—Cuando yo crezca, contestó el bejuco, tambien tendré muchas flores y las mariposas vendrán entonces a visitarme.

Furioso el piñón por esta respuesta quiso estrujar con sus raíces al bejuco.

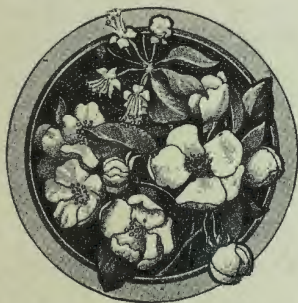
Pero éste tenía unas raicillas tan finas y tan numerosas, que nada pudo hacer el piñón contra él.

Cuando creció el bejuco, formó una magnífica enredadera que, enroscándose en el tallo del mismo piñón que le había insultado, subió hasta su copa, a la que envolvió con su follaje.

El bejuco floreció, y a sus moradas campanillas acudieron multitud de abe-

jas y de mariposas, en tanto que el piñón, ahogado por la cólera y por el follaje de la enredadera, no pudo florecer más y acabó por morir.

El piñón despreció al bejuco cuando le pareció débil; sin embargo, aquella misma plantita, cuando creció y se hizo fuerte, acabó por ahogarlo.



José López



LVII

LA ALBORADA

Huye la noche sombría
Al son de céfiros suaves,
Y nos anuncian las aves
La vuelta del nuevo día;
Todo es luz y poesía,
Todo es encanto y belleza,
El zorzal en la maleza
Extiende sus pardas alas,
Y ostenta sus ricas galas
La feraz naturaleza.

JUAN C. NÁPOLES FAJARDO.

(EL CUCALAMBÉ.)



LVIII

EL AZUCAR Y LA SAL

Queriendo un padre apreciar la discreción y buen juicio de sus hijas, les hizo la siguiente pregunta:

—¿Cuál es el sabor más agradable para Vds.?

—El del azúcar, dijo la hija mayor.

—El de la sal, dijo la menor.

—Parece mentira que digas tal cosa, dijo la primera a la segunda. ¿Puede el gusto de la sal compararse con el del azúcar?

José López

—Hagamos una prueba, propuso la niña menor. Preparemos una comida; tú dispones los manjares en que se ha de emplear el azúcar; yo prepararé aquéllos en que se ha de usar la sal; después convidaremos a varias personas para que nos den su opinión.

Consintió el padre en la prueba y las dos hermanas prepararon la comida.

La hermana mayor arregló muy ricos dulces para los postres. La hermana menor cocinó todos los demás platos, dejándolos sin sal.

Cuando empezaron a comer, todos los convidados se miraron sorprendidos; al fin, dijo uno:

—¡Qué insípida está la sopa! No se puede comer.

Otro agregó:

—¡Lástima de guisado! Tan bien hecho como está y, sin embargo, es

desagradable al gusto, por falta de sazón.

—¿Qué creen ustedes, dijo la hermana menor, que podría hacerse para que la comida quedara tan agradable como ustedes desean?

—¡Echarle un poco de sal! dijeron todos.

—Entonces, observó la muchacha, el sabor de la sal nos parece a todos, ahora, más agradable que el mismo sabor del azúcar.



José López



LIX

UN HEROE

El capitán Edmundo Agüero, en compañía de su asistente, un mulato que había sido su esclavo, fué hecho prisionero por las fuerzas del comandante Montaner. Reunido a otros cautivos en el batey de un ingenio, el jefe español exclamó:

—Se concede la vida a los que se sometan a la legalidad. Den un paso adelante los que estén conformes.

Excepto el capitán y su asistente,

los demás prisioneros traspasaron la línea que Montaner trazó con la punta de su espada.

Agüero se volvió a su fiel compañero y le dijo;

—Anda, acógete al indulto. Eres un muchacho y no tienes la responsabilidad ni los deberes que yo.

—No, capitán, repuso el asistente, la suerte de usted es mi suerte; moriremos juntos.

—¿No aceptan ustedes?—prosiguió Montaner.

—Nuestra dignidad nos impide pasar la línea, replicó Agüero.

El asistente hizo una señal de asentimiento y sobre lo que era un ara, por la indomable lealtad consagrada, rodaron confundidos los cadáveres del amo integérrimo y heróico y del siervo redimido y dignificado.

MANUEL DE LA CRUZ.

José López



LX

LA OLA Y LA ROCA

Cual si envidiase su altura
a la peña majestuosa,
murmurando embravecida,
del mar la encrespada ola,
contra aquélla se abalanza;
ya la escupe, ya la azota.

Resiste el furioso golpe
sin conmovearse, la roca,
y parece más augusta
cuando, desgajada y rota,
lame su base humillada
la hirviente y amarga onda.

*Nunca muerdas envidioso
al que es grande por sus obras,
que solo obtendrá tu saña
hacer éstas más notorias,
y descubrir de tu lengua
la miserable ponzoña.*

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.



José López



LXI

EL AGUINALDO, EL GRILLO Y EL TOTI

En el mes de diciembre, florecen los aguinaldos.

Un aguinaldo florecido estaba muy orgulloso con sus hojas verdes y sus campanillas blancas.

De pronto, sintió que alguien mordía una de sus hojitas más tiernas.

Fijándose, vió un grillo que la roía con las tenazas de su boca.

—Me haces daño, hermano grillo, dijo el aguinaldo. ¿Por qué muerdes mis hojas que ningún mal te hacen?

—No tengo mala voluntad en contra tuya, contestó el grillo, pero tengo hambre y necesito comer.

En esto, un totí, que se hallaba posado en un árbol próximo, de un vuelo se colocó junto al grillo, al que cogió con el pico, antes de que pudiera huir.

—¿Es posible que me hagas esto, hermano totí?, dijo el grillo. Ningún daño te hice y es injusto que tú me mates ahora.

—Cierto es lo que dices, contestó el totí, pero tengo hambre y necesito comer.

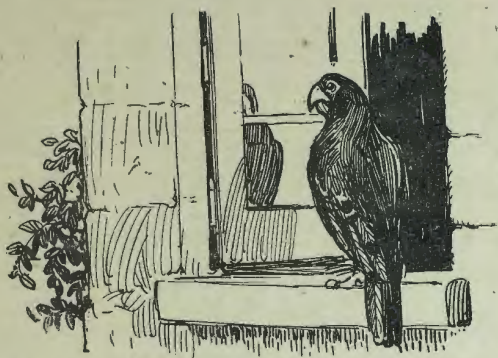
--¿Por qué no haces como yo? repu-

José López

so el insecto. Mira estas hojas de agui-
naldo, pruébalas, son muy sabrosas.

—Es inútil todo lo que me digas,
pobre grillo, replicó el pájaro. Esas
hojas son buenas para alimento tuyo,
pero no son buenas para mí. Si hubie-
ras huído a tiempo, hubieras salvado
tu vida; ahora, es imposible. Necesito
comerte, como tú las comías a ellas.
Esta es una ley de la naturaleza que
ni tú ni yo podemos quebrantar.





LXII

LA COTORRA IMPRUDENTE

D. Luis vivía en una casa de campo con sus hijos Ramón y Josefina.

Tenían una cotorrita muy habladora, pero muy golosa, que todo el día estaba diciendo:

—¡Pan, para la cotorrita!

Cerca de la casa había un grupo de árboles frutales: mameyes, guanábanas, anones y caimitos.

Para evitar que las aves del monte

José L. León

cercano se comieran las frutas, D. Luis puso varios lazos en aquellas matas, y todos los días caían algunas aves prisioneras.

Sucedió una vez, que la cotorrita se cansó de estar dentro de la casa, en la que tenía completa libertad, y, posada en el marco de la ventana, contemplaba los árboles frutales que se hallaban próximos.

—¡Qué agradable debe ser posarse en las ramas de los árboles y picotear las frutas! pensó.

Alzó el vuelo y se dirigió hacia el árbol más próximo, pero, apenas se posó en una rama, se sintió ligada por uno de los lazos puestos por D. Luis.

Cuanta más fuerza hacía para huir, más le dolía la ligadura, hasta que al cabo de un rato de luchar en vano, se sintió desfallecida.

A sus gritos, acudieron Ramón y Josefina, quienes, al ver presa a su cotorrita, llamaron a su papá.

Este la libertó en seguida, la llevó de nuevo a la casa y la curó.

En lo sucesivo, la cotorrita no intentó salir más de la casa y se conformó con las golosinas que los niños le daban allí todos los días.



José López



LXIII

EN LA TUMBA DE MARTI

Aquí yace el apóstol de una idea
que embelleció el martirio;
murió de “cara al sol” en la pelea
con la pureza trágica de un lirio.

En su vida, cargada de dolores,
hizo al cielo la súplica postrera:
que le llevase la piedad sus flores
y adornase su tumba una bandera.

JOSÉ MANUEL CARBONELL.



LXIV

EL ASNO Y LOS LEONES

I

Cierta vez, un asno logró escapar al bosque. Allí empezó a rebuznar con tanta fuerza que despertó a un león.

El fiero animal se levantó y quedó mudo de asombro ante aquel animal nuevo y extraño de largas orejas.

—¿Quién eres?—le dijo.

—El rey de todas las bestias,—con-

José López

testó el asno—¿No has oído mi pregón de desafío?

—Sí—repuso el león,—pero no hay necesidad de pelear. Unámonos para combatir contra todos los demás animales.

Empezaron a caminar juntos, y llegaron a orillas de un río. El león lo cruzó de un salto; mas, el jumento tuvo que pasarlo a nado y, por cierto, a duras penas.

—¿Cómo? ¿no sabes nadar?—le preguntó el león.

—¿Nadar? Pues ya lo creo; nado perfectamente. Pero quiero recrearme en el agua; por eso he tardado tanto en salir.

Poco después, llegaron a una pared. El león la saltó, pero el asno puso encima sus dos patas delanteras, sin poder pasar adelante.

—¿Qué haces ahí?—interrogó el león.

—Estoy contemplando la campiña. Este paisaje es muy bonito.



José López



LXV

EL ASNO Y LOS LEONES

II

Después de terribles esfuerzos, el asno consiguió pasar a la otra parte.

—Estoy viendo que no eres tan fuerte como decías, dijo el león. Te desafío.

—Está bien;—repuso el burro—pero hagamos antes una verdadera prueba de fuerza. Cuando voy sólo, nunca salto una pared: la derribo. Veamos si también lo haces tú.

Empezó el león a golpear la pared

con sus garras, pero se las magulló completamente, sin conseguir su propósito. Entonces el asno acoceó las piedras con sus cascos de hierro y la vieja pared cayó pronto por tierra.

— ¡Veo que eres fuerte! — dijo su compañero, lamiéndose las garras lastimadas. — Te reconozco como rey de todos los animales.

Al día siguiente, reunió a los demás leones y les explicó las hazañas que había presenciado.

Entonces, todos proclamaron al asno por Rey de los leones; y como nunca necesitó de los animales que cazaban sus súbditos, estuvieron con él más contentos que con todos los demás reyes que hasta entonces habían tenido.

José López



LXVI

LOS TRES QUEJOSOS

—¡Qué mal, gritó la mona,
Que estoy sin rabo!

—¡Qué mal estoy sin astas!
Repuso el asno.

Y dijo el topo:

—Más debo yo quejarme,
Que estoy sin ojos,

No reniegues, Camilo,
Dé tu fortuna;
Que otros podrán dolerse

Más de la suya.
Si se repara,
Nadie en el mundo tiene
Dicha colmada.

JUAN E. HARTZEMBUSCH.



José Lihou.



LXVII

EL JUEGO DE LA GALLINA QUIETA

Hoy llueve y no podemos salir a pasear, dijo la mamá a los niños; jueguen a *la gallina quieta*.

—¿Cómo es ese juego, mamá? preguntó Aurora.

Yo les enseñaré a jugarlo, dijo la mamá.

José será la gallina quieta; le vendamos los ojos y lo colocamos en medio de la sala. Los demás forman una

rueda alrededor y dan vueltas cantando:

¿Qué buscas gallinita,
Qué vienes a buscar?
El maíz se me acaba
No puedo darte más.
El maíz se me acaba:
Si buscas qué comer
Pues, vete a mis vecinos
Y dí que te lo den.

Ahora, se quedan todos quietos y callados; la gallina quieta toca a uno de los niños y debe adivinar quién es.

Si no adivina, vuelven a dar vueltas; pero, si acierta, el niño tocado pasa a ser la gallina quieta.

—Es muy bonito ese juego, dijeron los niños. Pasaremos la tarde jugándolo, para aprenderlo bien.

José López



LXVIII

LA GOLONDRINA Y LAS DEMAS AVES

(Del "Libro de Patronio".—Infante Juan Manuel.)

Al volar la golondrina por encima de un campo, observó que un labrador estaba sembrando lino.

En seguida, reunió a las demás aves y les refirió lo que había visto, explicándoles que cuando el lino creciera, el hombre lo recogería y haría con él redes y lazos para cazarlas.

Les aconsejó entonces que, reunidas todas, fueran al campo y con los picos

y las uñas desenterraran las semillas y evitaran así el daño que les amenazaba.

Se rieron las aves de sus temores y no le hicieron caso.

Pero, cuando vieron que el lino crecía y se cumplía así una parte de las predicciones de la golondrina, se atemorizaron y quisieron evitar los daños que aquélla les había anunciado.

Fueron al campo todas, pero el lino estaba ya muy crecido y no pudieron arrancarlo ni con los picos ni con las garras.

Entonces se llenaron de temor; mas, el mal ya no tenía remedio.

El labrador recogió el lino; y con él hizo redes y lazos que le sirvieron para aprisionar a muchas de aquellas imprevisoras y despreocupadasavecillas.

La golondrina, para evitar que a ella

José P. L.

le ocurriera lo mismo, hizo su nido en la misma casa del labrador, quien le tomó cariño y la dejó vivir tranquila.

Desde entonces, las golondrinas hacen sus nidos en las casas de los hombres.





LXIX

EL LIMONERO Y LOS BEJUCOS

Unos ruines bejucos,
al pie de un limonero
muy lozano y frondoso,
se cuenta que nacieron.
El no les hizo caso;

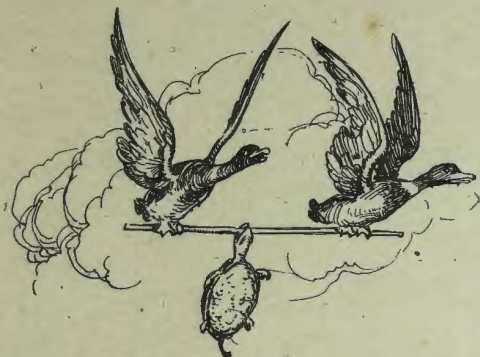
José López

mirólos sin recelo
penetrar y extenderse
en su follaje espléndido;
y pronto vióse mustio,
sin fuerzas, sin aliento
para poder librarse
del duro cautiverio.

*Así a la tierna infancia
dañan los vicios feos;
echan hondas raíces
si no se acude a tiempo.*

F. JAVIER BALMASEDA.





LXX

LOS ANADES Y EL GALÁPAGO

(Del libro "Calila e Dimna".)

Vivían en un estanque dos ánades y un galápago, en tan buena armonía, que habían llegado a ser excelentes amigos.

Pero vino una época de gran sequía, por lo cual quedó el estanque casi sin agua.

Con este motivo, los ánades se dispusieron a partir, despidiéndose antes de su amigo el galápago.

José López

—¡Pobre de mí!, dijo éste; no tan sólo perderé vuestra compañía, sino que al fin acabaré por morir cuando el estanque quede seco.

Uno de los ánades dijo:—Si tú te sientes con bastante fuerza de voluntad para estar durante algún tiempo sin abrir la boca, ni aún para contestar, si alguien te pregunta, se me ocurre un medio de salvarte.

—¿Cómo? preguntó el galápago.

—Morderás fuertemente un trozo de madera, contestó el ánade; nosotros lo cogeremos por los extremos y emprenderemos el vuelo; así te llevaremos adonde quiera que vayamos.

Aceptó el galápago y todo lo hicieron tal como fué convenido.

Remontaron el vuelo los ánades; pero, al pasar por encima de un campo,

un labriego vió el extraño grupo que formaban los tres animales, y exclamó:

— ¡Qué maravilla! ¡Un galápago llevado por el aire entre dos ánades!

El pobre reptil no pudo reprimir su vanidad al oír aquellas palabras y replicó:

— Así es, ¡aunque te pese!

Pero, en el momento de abrir la boca, se desprendió del trozo y cayó a tierra, haciéndose pedazos.

Así murió el galápago, víctima de su propia indiscreción.



José López



LXXI

EL PERRO JIBARO Y EL GALLO

Un gallo estaba paseando por el bosque con mucha tranquilidad, cuando vió que un perro jíbaro se acercaba cautelosamente, con la intención de apresarle.

Voló el gallo hacia un árbol próximo y se encaramó en sus ramas más altas. Entonces el perro dijo así:

—Amigo mío, ¿por qué me huyes? Yo no pretendo hacerte daño; baja y pasaremos un rato en compañía.

—¿Crees que soy bobo? contestó el gallo. Si me cogieras entre tus dientes me despedazarías y me comerías después.

Comprendiendo el perro que así no podía engañar al gallo, empleó otra estratagema.

—¿No quieres que seamos amigos? le dijo. Pues seremos enemigos. Con mis dientes y mis patas tumbaré todos estos árboles, hasta que no tengas refugio y caigas en mi poder.

Empezó a morder el árbol donde estaba el gallo y a darle fuertes golpes con sus patas.

El gallo, atemorizado, voló a otro árbol; pero allí fué también el perro repitiendo sus demostraciones, como si realmente tuviera la fuerza de que alardeaba.

Huyendo de aquel peligro imagina-

José López

rio, pasó el gallo de un árbol a otro, hasta que llegó al último del bosque.

Aturdido, por creer que las amenazas del perro podían cumplirse, voló al suelo, pensando que podría huir; pero el perro lo alcanzó en seguida y lo mató.

Si no se hubiera dejado atemorizar por las bravatas aparatosas de su enemigo, el pobre gallo hubiera salvado su vida.





LXXII

EL PINO Y EL GRANADO

—“Te fué grata la suerte
Al dignarse ponerte
Bajo la sombra mía”.
Así altivo decía
Un elevado pino
A un humilde granado, su vecino.

José López

—Por más que brame el huracán horrendo,
No tienes que temer; yo te defiendo’.—

“Cierto es, dijo el arbusto; me proteges
Cuando tal vez el huracán se irrita;
Pero siempre tu sombra el sol me quita”.

*Así, tal vez, un protector sublime,
Bajo apariencia de favor, oprime.*

JOSÉ M. HEREDIA.



EL PAJARO DE LAS ALAS DORADAS

(Leyenda Servia.)

Cazando, un día, el príncipe de Servia en las montañas de su país, vió revolotear entre los árboles un pájaro precioso con las alas doradas. Comenzó a perseguirlo y, caminando tras él, llegó a una elevada colina cubierta de blancas estatuas; pero, cuando ya se disponía a subir hasta su cumbre, apareciósele un ermitaño que le dijo:

— ¡Ten cuidado! En esta colina vive una



José López

bruja que envía al pájaro dorado como cebo para atraer a los caminantes. Si te ve, te convertirá en estatua de mármol; pero si logras agarrarla por los cabellos antes de que te vea, quedará reducida a la impotencia.

El príncipe dejó de perseguir al pájaro, y, subiendo por el lado opuesto de la colina, descubrió a la bruja vuelta de espaldas a él; acercándose con cautela, asíóla por los cabellos. Ella comenzó a dar tan espantosos alaridos, que la colina empezó a balancearse; pero el príncipe no la soltó.

—Bueno, ¿qué deseas?—dijo, por fin, la bruja.

—Que me entregues el pájaro de oro, y devuelvas la vida a estas estatuas,—respondióle el príncipe.—

La bruja entregó el pájaro al príncipe, el cual, encantado por su hermosu-

ra, le dió un beso. Al contacto de sus labios, se convirtió en una linda y graciosa muchacha. Luego, volvióse la bruja a las estatuas, y dirigió hacia ellas su aliento de color azulado, convirtiéndolas de nuevo en apuestos donceles.

Entonces el príncipe le soltó el cabello; la bruja se alejó desapareciendo para siempre.

Con esto, todos satisfechos y alegres, regresaron a Belgrado, donde la joven y el príncipe se casaron y fueron muy dichosos todo el resto de su vida.



José López



LXXIV

LA JUVENTUD DE JOSÉ MARTÍ

El alma de la revolución que comenzó el 24 de febrero de 1895, fecha gloriosa para los cubanos, fué José Martí.

Desde muy joven empezó a sufrir las consecuencias de su ferviente amor a la causa de la libertad cubana. Apenas cumplidos los 16 años, fué procesado y condenado a presidio.

Allí fué destinado a la primera brigada en la que fué inscripto con el número 113. Entonces se retrató con el traje de presidiario; de estos retratos

envió uno a su madre, escribiendo en él como dedicatoria los siguientes versos:

I BRIGADA, 113

Mírame, madre, y por tu amor no llores;
Si, esclavo de mi edad y mis doctrinas,
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen, entre espinas, flores.

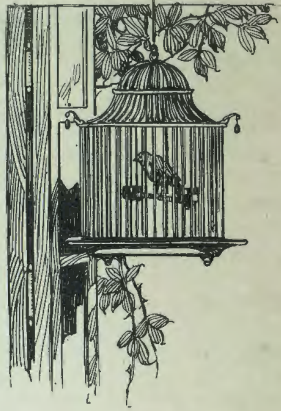


A su amigo Fermín Valdés Domínguez, procesado con él por la misma causa y preso en un calabozo de la Cabaña, envió otro retrato con la siguiente dedicatoria:

“A FERMIN VALDES DOMINGUEZ

Hermano de dolor, no mires nunca
En mí, al esclavo que cobarde llora;
Ve la imágen robusta de mi alma,
Y la página bella de mi historia.

José Lopez



LXXV

EL CANARIO

Ingenuamente alegre y amarillo,
oculta en la garganta su tesoro.
Los abanicos de sus alas de oro
tienen del sol el deslumbrante brillo.

Egregio y señorial, en su castillo
derrocha perlas del cantar sonoro,
y lo envidian los ángeles del coro
cuando desata el musical ovillo.

Trovador misterioso, los alados
raudales de tus trinos delicados
impregna de melífluas armonías,
y, en cambiantes anhelos de ternuras,
derrocha madrigales en las puras
canciones amorosas a los días.

M. GALIANO CANCIO.



José López



LXXVI

LA GRATITUD DE UN LEON

I

Un señor romano tenía a su servicio un esclavo llamado Androcles.

Como el amo era en extremo cruel, la vida del esclavo era muy dura, por lo cual decidió escaparse aprovechando un viaje que dieron al norte de Africa.

Sabía muy bien que, si lo prendían, le darían muerte y por eso esperó una

noche sin luna, y saliendo secretamente de la casa de su amo, atravesó la ciudad y salió al campo.

En medio de la obscuridad apresuró su marcha; pero, con la luz del día, echó de ver que había penetrado en el interior del país hacia el solitario desierto.

Hallábase rendido, hambriento y sediento; y habiendo distinguido la entrada de una cueva en la falda de una colina, penetró en ella, se echó en el suelo y se durmió tranquilamente. De pronto, le despertó un terrible rugido y, poniéndose en pie de un salto, vió a la entrada de la caverna un enorme león.

Androcles había dormido en la madriguera de aquella fiera y comprendió que no podía escapar porque la bestia cerraba el paso. Esperaba, pues, temblando de terror, que el animal saltase sobre él y le matase.

José López

Mas, el león no se movía. Se quejaba y se lamía una garra de la que manaba sangre. Olvidando Androcles su terror, al ver sufrir a la fiera, se adelantó hacia ella y el león levantó la zarpa como pidiendo auxilio.

Entonces vió Androcles que el león se había clavado una gran espina, la cual, hundida en la carne, le había producido una fuerte inflamación. En seguida, extrajo la espina, detuvo la inflamación y restañó la sangre.

Aliviado de su dolor, el agradecido león salió de su caverna y a los pocos minutos volvía con un conejo muerto que puso junto a Androcles.

Cuando el pobre esclavo asó el conejo y hubo saciado su hambre, el león le condujo a un sitio en la colina donde brotaba un manantial de agua fresca.



LXXVII

LA GRATITUD DE UN LEON

II

Durante varios años, hombre y fiera vivieron amigablemente. Juntos cazaban, juntos comían y juntos reposaban durante la noche, tendido el agradecido león junto a su bienhechor, y moviendo su enorme cola de un lado a otro, como un perro que yace a los pies de su amo.

Un día, Androcles sintió deseos de comunicarse con sus semejantes y dejó la cueva, pero fué pronto capturado por unos soldados y enviado a Roma como esclavo fugitivo.

José López

Los antiguos romanos no tenían piedad con los esclavos fugitivos, así es que condenaron a Androcles a ser destrozado por las fieras en el circo, el primer día de fiesta.

Una gran multitud acudió a presenciar el triste espectáculo, y entre los espectadores estaba el mismo emperador de Roma.

Echaron a Androcles a la arena y le dieron una lanza para que se defendiese contra un gran león, al que habían tenido varios días sin comer para hacerle más fiero.

Cuando el hambriento león salió de su jaula, al ver que se dirigía a saltos hacia él, tembló y se le cayó la lanza de las manos. Pero, el animal, lejos de hacerle daño, se tendió a sus pies, dando muestras de alegría. Androcles vió entonces que aquel león era el mismo

con el cual había vivido en la cueva, y abrazándolo inclinóse sobre su cabeza y lloró.

El pueblo quedó maravillado ante escena tan prodigiosa y el emperador mandó llamar al esclavo y le pidió la explicación de aquel suceso.

Le agradó tanto aquella extraordinaria aventura, que le concedió la libertad y la dignidad de hombre libre, y le dió una crecida suma de dinero. Androcles solía después pasear por las calles de Roma acompañado de su león, que le seguía a todas partes, como el perro más fiel.



José López



LXXVIII

EL PAJARO Y EL NIÑO

Un pajarillo
Dieron a Blas,
Niño travieso,
Buen perillán.
Atale un hilo,
Lo echa a volar,
Y el prisionero
Quieto se está.
Blas le decía:
—Torpe animal,
Goza el permiso
Que hoy se te da.

Largo de sobra
Es el torzal:
Vuelos bien altos
Puedes echar.
—No (dice el ave);
Que, en realidad,
Ese bien, luego
Tórnase en mal.
Tú de la pata
Me tirarás,
Siempre que el vuelo
Quiera yo alzar.
*No hay servidumbre
Que aflija más,
Que una con visos
De libertad.*

JUAN E. HARTZEMBUSCH.



José López



LXXIX

FIDEL CESPEDES

(Del libro "Episodios de la revolución cubana".)

Fidel Céspedes tenía cerca de seis pies de altura, casi una palma real; espaldas anchas y musculosas, un parapeto de carne y hueso; su empuje y sus fuerzas estaban en armonía con su aspecto y dimensiones; y era, además, de presencia airosa, de color moreno mate, de ojos y cabellos negros, bigote castaño, voz suavemente ronca; en el peligro, inmutable y frío como una mo-

le de granito, en el ataque temerario y descabellado, en el cuartel humanitario, sencillo, generoso.

Hombre tan bien constituido, en quien el valor era un producto de su organización privilegiada, como la salud y la fuerza, fué ganando grados sin grandes empeños, siguiendo sus naturales impulsos.

Era teniente coronel cuando su superior, el brigadier Benítez, viendo una columna enemiga atravesar la sabana, le dijo:

—Métase por la cabeza y salga por la cola, que yo lo apoyo.

Fidel Céspedes requirió los arreos de su caballo, y, volviéndose a sus treinta jinetes:

—¡Ojo a las monturas!—gritó.

Poco después un oficial le decía:

—¡Todos listos!

José López

—¡A ellos!—repitió Céspedes, clavando los acicates y desnudando el tajante acero.

Y, al galope, a la cabeza de los treinta jinetes, arrolló la vanguardia enemiga, abriéndose camino por entre ella como impetuosa y pujante piara de toros corpulentos y bravíos que embistiesen juntos con fiero denuedo.

Al acabar la jornada, uno de los actores, soldado oscuro, asombrado de la proeza que él mismo había contribuído a realizar, exclamó:

—¡A pulso! Si cuentan esto en un libro no va a haber quien lo crea.

MANUEL DE LA CRUZ.





LXXX

LÀ BIJIRITA, EL MAYITO Y EL GAVILAN

En un sembrado de millo, se encontraron una tarde la bijirita y el mayito.

La bijirita estaba cazando mosquitos, guasasas, moscas y otros pequeños insectos de que se alimenta.

El mayito se hallaba picoteando las espigas del millo, cuyos granitos le gustaban mucho.

—Parece mentira, dijo el mayito, que habiendo tantos granitos y tantas se-

José López

millas por estos campos, te complazcas en destruir tantas vidas de pobres insectos que ningún daño te hacen.

—Más perjuicios ocasionas tú, replicó la bijirita, comiendo los granos del millo, que tantos sudores y tantos afanes han costado al hombre que hizo estas siembras.

—Sea como quiera, volvió a decir el mayito, un grano de millo es insensible y no sufre cuando yo lo apreso y me lo como: además, en este campo, hay millones de estos granos y, entre tantos, ninguna importancia tienen los pocos que yo me como.

—Menos importancia tienen los insectillos de que yo me alimento, arguyó la bijirita. ¿Qué valor tiene en el mundo una guasasa? En cuanto a lo que dices del sufrimiento, en verdad te di-

go, que jamás he oído quejarse a un mosquito al ser comido por mí.

Desde las ramas de una ceiba próxima, un gavilán oyó toda esta disputa, y, en este momento, se arrojó sobre los descuidados pajarillos, apresándolos con sus poderosas garras.

—Los dos sois igualmente dañinos, les dijo; tú, para los pobres insectos, que ningún mal te han hecho nunca, y tú, para los granos que el hombre ha cultivado con tanto afán. En consecuencia, los dos debéis morir, para que el mundo quede libre de tan grandes criminales.

Y, dicho esto, clavó en ellos sus uñas y su pico, matándolos y devorándolos después.

Una lagartija, que había presenciado todas estas escenas, se quedó reflexionando de este modo:

José López

—La bijirita devoraba insectos y el mayito se hartaba de semillas y de granos por que tal es el alimento que a la naturaleza de cada uno convenía. ¿Qué adelantaban con discutir, si, aunque hubieran querido, a ninguno le era posible cambiar de alimentación? En cuanto al gavilán, ha querido hacer el papel de justiciero, aunque yo sé bien que tal alarde no ha sido más que un pretexto para saciar su apetito.





José López

LXXXI

MARTI

Eran sus ojos negros; la frente, amplia y
[serena;
blanca la tez, poblado el bigote zahareño;
la apolínea cabeza de ademán principieño,
y el cerebro, una jaula de ruiseñores llena.

Rostro, espejo de una placidez nazarena;
pensando en Cuba opresa, fruncía adusto el
[ceño,
y romper anunciaba, en profético sueño,
los férreos eslabones de ominosa cadena.

“Yo alzaré el mundo”, dijo—al fulminar
[el rayo
que desplomó su vida en los campos de Mayo—
y como lluvia de oro hizo en la noche luz...

“Yo quiero que se sepa, clamó iluminativo,
que por servir mi tierra únicamente vivo,
y que por verla libre me clavaré en la cruz”.

JOSÉ MANUEL CARBONELL.



LXXXII

EL PERRO Y LOS CAIMANES

Un sitiero, que vivía en la orilla de un río, tenía un perro ya viejo, pero que le había prestado muchos servicios durante su vida.

Olvidando lo mucho que había sido servido por su perro y molestado por la carga que el pobre animal representaba ahora para él, decidió arrojarlo de su lado.

Como el río era muy caudaloso, había un bote, gobernado por un botero,

José López

con objeto de transportar a los viajeros de un lado a otro.

El sitiero llevó al perro consigo, entró en el bote con él y se hizo pasar al otro lado. Se alejó a cierta distancia del río, y entonces dijo al perro:

—Espérame aquí.

Después volvió al bote y regresó a su casa.

El pobre animal esperó durante largo rato el regreso de su amo; cansado, al fin, se dirigió hacia el río; pero el botero no lo dejó entrar en el bote, golpeándolo con sus remos cuando intentó acercarse a él.

Quiso, después, pasar el río a nado; pero, apenas se acercó a la orilla, vió la cabeza de un enorme caimán que lo acechaba, atraído por sus aullidos de dolor.

Notó el perro que, cada vez que ladraba, muchos caimanes acudían a la orilla, sin duda con el propósito de apresarlo.

Entonces se le ocurrió un ardid para cruzar el río.

Cuando llegó la noche, fué a un lugar de la orilla y estuvo aullando largo rato.

Cuando comprendió que los caimanes habían acudido allí, se alejó en silencio un buen espacio, y se lanzó al río, logrando pasarlo sin ningún inconveniente.

Entonces se dirigió a la casa de su amo. Cuando éste lo vió llegar, chorreando agua, cansado y hambriento, admirado de que los caimanes no se lo hubieran comido, tuvo lástima de él y lo dejó consigo, cuidándolo hasta que murió.

José López



LXXXIII

EL CANGREJO Y LA OSTRAS

Un voraz cangrejo merodeaba por las sinuosidades de una roca, en la orilla del mar, deseando encontrar algún pequeño molusco que le sirviera para

desayunarse, pues no había logrado comer nada todavía en aquella mañana, a pesar de que el sol se encontraba ya, casi en la mitad de su carrera.

En esto, vió, adherida en una concavidad de la piedra, una pequeña ostra que abría sus valvas, gozosa de recibir los rayos del sol que se filtraban a través del agua y llegaban hasta allí.

El cangrejo se aproximó cautelosamente, con el propósito de introducir una de sus pinzas entre las valvas de la ostra, para que no pudiera cerrarlas, y comérsela entonces. Pero la ostra oyó el ruido que la costra del cangrejo producía al arrastrarse sobre la roca, y, comprendiendo el peligro en que se hallaba, cerró sus conchas fuertemente.

El probó de abrirlas con las pinzas de sus antenas, pero le fué imposible.

José López

Entonces trató de conseguir por la astucia, lo que por la fuerza no había logrado y, dirigiéndose a la ostra, le dijo:

—Parece mentira que te portes así conmigo. No creía que fueras tan descortés.

Se guardó muy bien la ostra de contestar una palabra; antes al contrario, se apretó cuanto pudo, para evitar una sorpresa.

El cangrejo continuó diciéndole:

—Algún enemigo mío te ha dicho, sin duda, que yo pretendo hacerte daño, cuando es todo lo contrario; pues siempre estoy dispuesto a defenderte, con mis fuertes tenazas, de todos aquellos animales que traten de hacerte daño.

La ostra no contestó nada, pero pensaba para sí:

—Quizás sea verdad lo que me dices, pero eres demasiado feo y me asusto tan sólo de ver tu horrible figura.

El astuto cangrejo, viendo que sus demostraciones de amistad no le daban resultado, cambió de táctica y exclamó de pronto, fingiendo gran sorpresa:

—¡Mira qué pececillo tan lindo! Sus escamas parecen de oro y de grana.

¡No he visto en mi vida un animalillo tan precioso!

La ostra no pudo reprimir su curiosidad y entreabrió sus valvas, con el deseo de ver el pececillo de que le hablaba el cangrejo.

Pero éste, que se hallaba acechándola con la mayor atención, introdujo con rapidez una de sus tenazas entre las conchas de la pobre inexperta y la devoró.

Así murió aquella infeliz ostra, víctima de su credulidad y de su curiosidad imprudente.

José López



LXXXIV

LA MARIPOSA

I

En raudos giros,
Libre y gozosa
La mariposa
Volando va,
Y engaña el ansia
Del rapazuelo,
Cambiando el vuelo
Aquí y allá.

II

Vaga y recorre
Valles y prados

Engalanados
Por el abril,
Con frescas rosas
De cien colores,
Con lindas flores
De mil en mil.

III

Cruza los ricos
Cañaverales,
Verdes maizales
Vega y palmar;
Danle perfume
Las maravillas,
Suaves vainillas,
Puro azahar.

IV

Entra en los cuadros
De los jardines
Cuyos confines
Lejos se ven;
Y liba, errando
De mata en mata,
La esencia grata,
Que da el café.

José Pacheco

V

Sobre las aguas
Del terso lago,
Con vuelo vago
Mil vueltas da;
Ya se columpia,
Ya se suspende,
Ya el éter hiende
Leve y audaz.

VI

¡Oh mariposa
Bella y ufana,
Hecha de grana,
De oro y cristal!
Tú vagas libre...
Yo que te miro
Triste suspiro
Mi acerbo mal.

VII

Tú alegremente
Abres tus alas,
Gozas las galas
Del bello abril,

Y yo ¡infelice!
De penas muerto,
Lágrimas vierto
De mil en mil.

VIII

¡Oh mariposa
De primavera!
Quién cual tú fuera
Quién como tú!
Tuya es la tierra
Tuyo es el cielo;
Si alzas el vuelo
Bañaste en luz!

M. TEURBE TOLÓN.



José López



LXXXV

EL PEQUEÑO PATRIOTA PADUANO

(Del libro "Corazón", Ed. de Amicis.)

I

Un naviero francés partió de Barcelona, ciudad de España, para Génova, llevando a bordo franceses, italianos, españoles y suizos. Había, entre otros, un chico de once años, solo, mal vestido, que estaba siempre aislado, como animal salvaje, mirando a todos de reojo.

Y tenía razón para mirar a todos así. Hacía dos años que su padre y su madre, labradores de los alrededores de Padua, le habían vendido al jefe de cierta compañía de titiriteros, el cual, después de haberle enseñado a hacer varios juegos a fuerza de puñetazos, patadas y ayunos, le había llevado a Francia y España, pegándole siempre y no quitándole nunca el hambre.

Llegado a Barcelona y no pudiendo soportar ya los golpes y el ayuno, reducido a un estado que inspiraba lástima, se escapó de su carcelero y corrió a pedir protección al cónsul de Italia, el cual, compadecido, le había embarcado en aquel bajel, dándole una carta para el alcalde de Génova, que debía enviarlo a sus padres, a los padres que lo habían vendido como vil bestia.

José López

El pobre muchacho estaba lacerado y enfermicho. Le habían dado billete de segunda clase. Todos le miraban, algunos le preguntaban; pero él no respondía, y parecía que odiaba a todos. ¡Tanto le habían irritado y entristecido las privaciones y los golpes! Al fin, tres viajeros, a fuerza de insistencia en sus preguntas, consiguieron hacerle hablar, y, en pocas palabras toscamente dichas, mezcla de español, de francés y de italiano, les contó su historia.

No eran italianos aquellos tres viajeros; pero le comprendieron, y, parte por compasión, parte por excitación del vino, le dieron algunos cuartos, instándole para que contase más.





LXXXVI

EL PEQUEÑO PATRIOTA PADUANO

(Del libro "Corazón", Ed. de Amicls.)

II

Habiendo entrado en la cámara en aquel momento algunas señoras, los tres, por darse tono, le dieron aún más dinero, gritando:— ¡Toma, toma más!— Y hacían sonar las monedas sobre la mesa. El muchacho las cogió todas, dando las gracias a media voz, con aire malhumorado, pero con una mirada, por primera vez en su vida, sonriente y cariñosa.

José López

Después, se fué sobre cubierta y permaneció allí sólo pensando en las vicisitudes de su vida. Con aquel dinero podía tomar algún buen bocado a bordo, después de dos años que sólo se alimentaba de pan; podía comprarse una chaqueta, apenas desembarcara en Génova, después de dos años que iba vestido de andrajos; y podía también, llevando algo a su casa, tener mejor acogida del padre y de la madre que si hubiera llegado con los bolsillos vacíos.

Aquel dinero era para él casi una fortuna, y en esto pensaba, consolándose, asomado a la claraboya, mientras los tres viajeros conversaban sentados a la mesa en medio de la cámara de segunda clase.

Bebían y hablaban de sus viajes y de los países que habían visto, y de

conversación en conversación vinieron a hablar de Italia.

Empezó uno a quejarse de sus fondas; otro, de sus ferrocarriles, y, después, todos juntos animándose, hablaron mal de todo. Uno, hubiera preferido viajar por la Laponia; otro, decía que no había encontrado en Italia más que estafadores y bandidos; el tercero, que los empleados italianos no sabían leer.—Un pueblo ignorante—decía el primero.—Sucio—añadió el segundo.—La.....—exclamó el tercero; y quiso decir ladrón, pero no pudo acabar la palabra.

Una tempestad de cuartos y de medias pesetas cayó sobre sus cabezas y sobre sus espaldas, y descargó sobre la mesa y sobre el suelo con infernal ruido.

José López

Los tres se levantaron furiosos mirando hacia arriba, y aun recibieron un puñado de cuartos en la cara.

—Recobrad vuestro dinero—dijo con desprecio el muchacho, asomado a la claraboya—yo no acepto limosnas de quienes insultan a mi patria.





LXXXVII

EL NIÑO Y EL GATO

Erase un niño cándido
que, olvidando el almuerzo,
daba saltos continuos
de regocijo lleno.
En la mano llevaba
parte de su alimento,
(un ala de perdiz
dicen que era, por cierto),
y le seguía un gato

José López

con cariñoso anhelo,
cual si fuese otro niño
y estuviesen en juego.
Si incansable corría,
él corría más presto
por el jardín y el patio,
por salas y aposentos.
El niño agradecido
a su leal afecto,
pasó la manecita
por su sedoso cuello;
y, a tan suave contacto,
estirando el pescuezo,
cayó a sus pies rendido,
como en profundo sueño.
El niño, recordando
entonces el almuerzo,
el ala de perdiz
llevó a la boca, ¡oh cielos!
sobre él abalanzóse
el cuadrúpedo fiero
y quitóselo rápido
hiriéndole en un dedo.
¡Oh! ¿quién hubiera dicho

que velaba el perverso,
fingiendo vil y astuto
hipnótico embeleso?

Esta fábula sirve
de provechoso ejemplo:

*sé cauto cuando elijas
amigo y compañero.*

F. JAVIER BALMASEDA.



José López



LXXXVIII

EL DR. SABELOTODO

(De Grimm.)

I

Había una vez un pobre aldeano llamado Cangrejo, que llevó con dos bueyes una carga de leña a la ciudad y la vendió por dos duros a un médico.

Cuando le pagaron, el médico estaba sentado a la mesa.

Al ver el aldeano lo bien que comía y bebía, le entraron deseos de hacerse

médico como él. Quedó parado un momento y preguntó al fin si no podría él ser médico.

—¡Oh, sí!—dijo el médico.—Eso se consigue pronto.

—¿Qué debo hacer?—preguntó el aldeano.

—Primeramente, compra un abecedario de los que tienen un gallo pintado en la primera página; vende tu carro y tus dos bueyes, y con el dinero cómprate vestidos y lo que le hace falta a un médico; por último, manda pintar un letrero con estas palabras: “Yo soy el doctor Sábelotodo”, y ponlo encima de tu puerta.

El aldeano hizo todo lo que el médico le dijo. Después que hubo practicado una temporada, robaron a un hombre muy rico. Le hablaron a éste del doctor Sábelotodo, que vivía en tal

José López

aldea y de seguro sabría a donde había ido a parar el dinero.

Mandó el señor enganchar su coche, fué a la aldea y preguntó en casa del aldeano si el doctor Sábelotodo vivía allí.

—Sí—contestó—yo soy.

—Entonces, ven conmigo y devuélveme el dinero robado.

—Con mucho gusto; pero Margarita, mi mujer, tiene que ir también.

El señor consintió; dejó que los dos subiesen a su coche y se marcharan juntos.

Al llegar a la casa del caballero, estaba la mesa puesta, y convidó al doctor a que comiese con él.

Sí, pero mi mujer comerá también. Y se sentó con ellos a la mesa.

Al entrar el primer criado con una fuente, el aldeano, dándole con el codo a su mujer, le dijo:

—Margarita, éste es el primero—que-
riendo decir que el que llevaban era el
primer plato; pero el criado creyó que
quería decir:

—Este es el primer ladrón.

Y como en verdad lo era, le dijo a
sus camaradas:

—¡El doctor lo sabe todo! ¡Pobres de
nosotros! ¡Ha dicho que yo era el pri-
mero!



José López



LXXXIX

EL DOCTOR SABELOTODO

(De Grimm)

II

El segundo criado no quería entrar, pero no tuvo más remedio.

Cuando compareció con su fuente, el aldeano, dando con el codo a su mujer, le dijo:

—Este es el segundo:

También se asustó y salió lo más pronto posible.

Lo mismo sucedió con el tercero; el aldeano dijo de nuevo:

—Margarita, éste es el tercero.

El cuarto tuvo que entrar una fuente tapada, y el caballero dijo al doctor que diese pruebas de su arte y que acertase lo que había debajo. Eran cangrejos. El aldeano miró la fuente, y no sabiendo qué contestar, dijo:

—¡Ay, pobre Cangrejo!

Al oír esto el caballero, altamente asombrado, exclamó:

—¡Y lo sabe! Entonces sabrá quién tiene el dinero.

El criado, que se asustó de un modo terrible, guiñó un ojo al doctor para que saliese un momento.

Cuando salió, le confesaron los cuatro que habían robado el dinero, que lo devolverían y que le darían una bue-

José López

na cantidad encima, con tal que se callara, por que si no, estaban perdidos. Y le llevaron al sitio donde estaba escondido el dinero.

Entonces, satisfecho el doctor, volvió a entrar se sentó a la mesa y dijo:

—Señor, ahora registraré mi libro para saber donde está el dinero.

El quinto criado se metió en la estufa, para escuchar si el doctor sabía más aún. Estaba éste hojeando su abecedario buscando el gallo. Como no lo encontró en seguida, dijo:

—Sin embargo, estás escondido y tienes que salir también.

Entonces el que estaba en la estufa, creyendo que se refería a él, salió de un salto y gritó:

—Este hombre lo sabe todo.

El doctor Sábelotodo enseñó entonces al señor donde estaba el dinero,

pero no le dijo quién le había robado;
y de esta manera recibió en recompensa
una buena cantidad de dinero y se
hizo muy célebre.



José Lefroy



LXXXX

EL CANARIO Y LA JAULA

—¡Ay, pobrecito de mí!
¡Qué triste! ¡qué desdichado!
¡Yo, que tan libre nací,
en esta jaula encerrado!
Así un canario acusaba
de su suerte la fiereza,
y la jaula replicaba:
—Tienes viento en la cabeza,
aquí encuentras rico alpiste,

sin trabajo, sin afanes;
ni cruel gavilán te embiste,
ni te azotan huracanes.

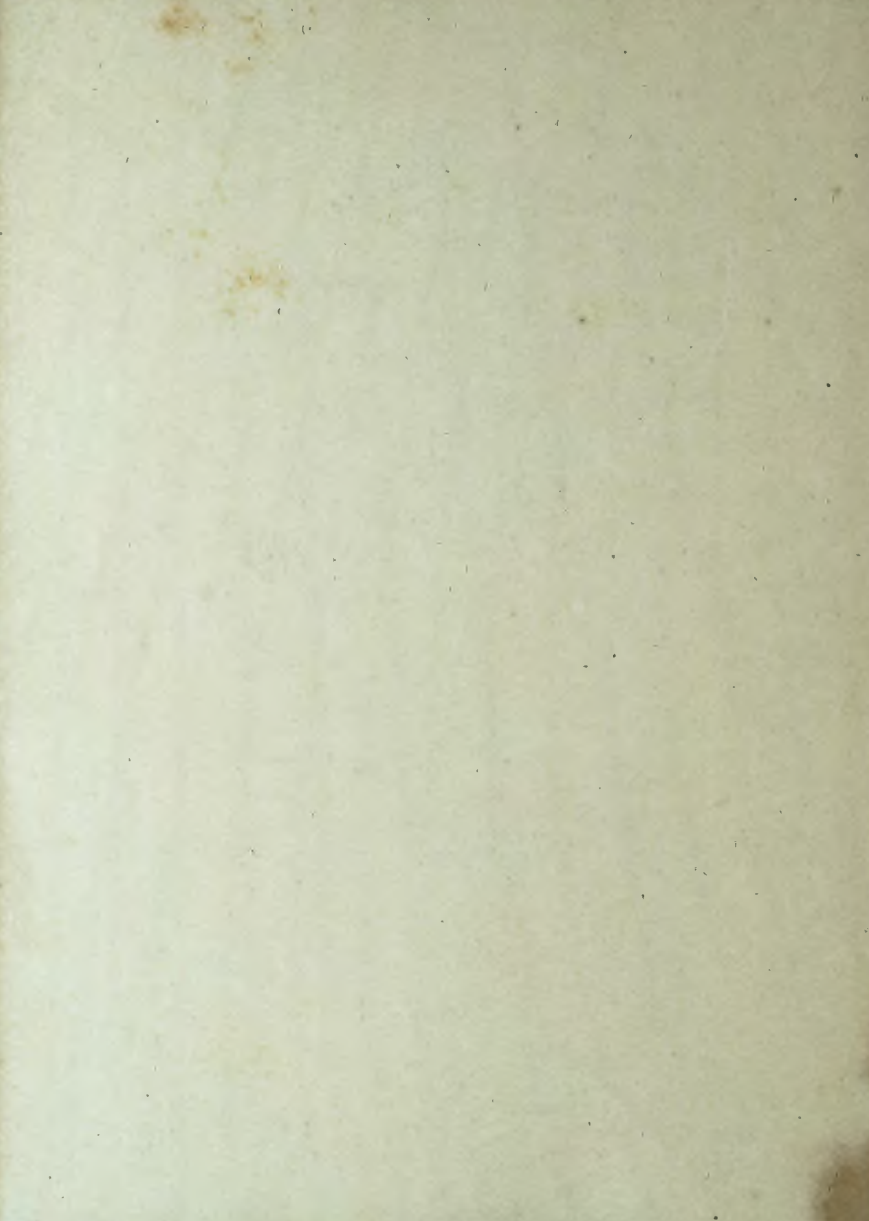
—Guarda, guarda tu clemencia,
que no tienes corazón:
vale más mi independencia
que tu dura protección.—

*Nunca cobres tus favores
a precio de servilismo,
que renuncia a los mayores
el que se aprecia a sí mismo.*

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.



José López



INDICE

Capitulos

Páginas.

| | |
|---|-----|
| A LOS MAESTROS. | III |
| I. El primer día de clases. | 1 |
| II. El himno nacional. | 3 |
| III. Letra de nuestro himno nacional. | 5 |
| IV. El Libro de Lectura. | 7 |
| V. Las dos semillas. | 9 |
| VI. Retrato de una niña. | 11 |
| VII. El juguete más lindo. | 12 |
| VIII. Los dos cangrejos. | 14 |
| IX. La sardina y la ostra. | 16 |
| X. La paloma y el sinsonte. | 17 |
| XI. El gavián y el pollo. | 19 |
| XII. El muchacho y el cristal. | 21 |
| XIII. La zorra y el asno. | 22 |
| XIV. El gavián y el aura. | 24 |
| XV. Dos milagros. | 26 |
| XVI. El hada y el mendigo. | 27 |
| XVII. La araña y la mariposa. | 30 |
| XVIII. El hombre y el búey. | 33 |
| XIX. El viejo y sus hijos. | 34 |

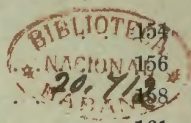
| <u>Capítulos</u> | <u>Páginas.</u> |
|---|-----------------|
| XX. Serenidad de un cazador. | 36 |
| XXI. El perro y el toro. | 38 |
| XXII. La hormiga vanidosa. | 39 |
| XXIII. La zorra y el tambor. | 41 |
| XXIV. El árabe hambriento. | 43 |
| XXV. Los cazadores y el venado. | 44 |
| XXVI. El cariño debido a nuestros padres. | 46 |
| XXVII. La cicatriz. | 48 |
| XXVIII. La lechuza y el caballo. | 50 |
| XXIX. Un juego divertido. | 53 |
| XXX. Un guajiro. | 56 |
| XXXI. El cortador de leña. | 58 |
| XXXII. La imprudencia de un niño. | 61 |
| XXXIII. Agramonte. | 63 |
| XXXIV. Las tres criadas. | 65 |
| XXXV. El murciélago y el cocuyo. | 67 |
| XXXVI. Los caracoles. | 69 |
| XXXVII. El automóvil y la carreta. | 70 |
| XXXVIII. El gavilán y el aeroplano. | 72 |
| XXXIX. Cabellos blancos. | 74 |
| XL. La unión entre hermanos. | 75 |
| XLI. Los dos gorriones y el abejorro. | 77 |
| XLII. Riqueza. | 80 |
| XLIII. El escarabajo de luz. | 81 |
| XLIV. El Rey justiciero. | 83 |
| XLV. Versos sencillos. | 85 |
| XLVI. La nube blanca y la nube parda. | 89 |

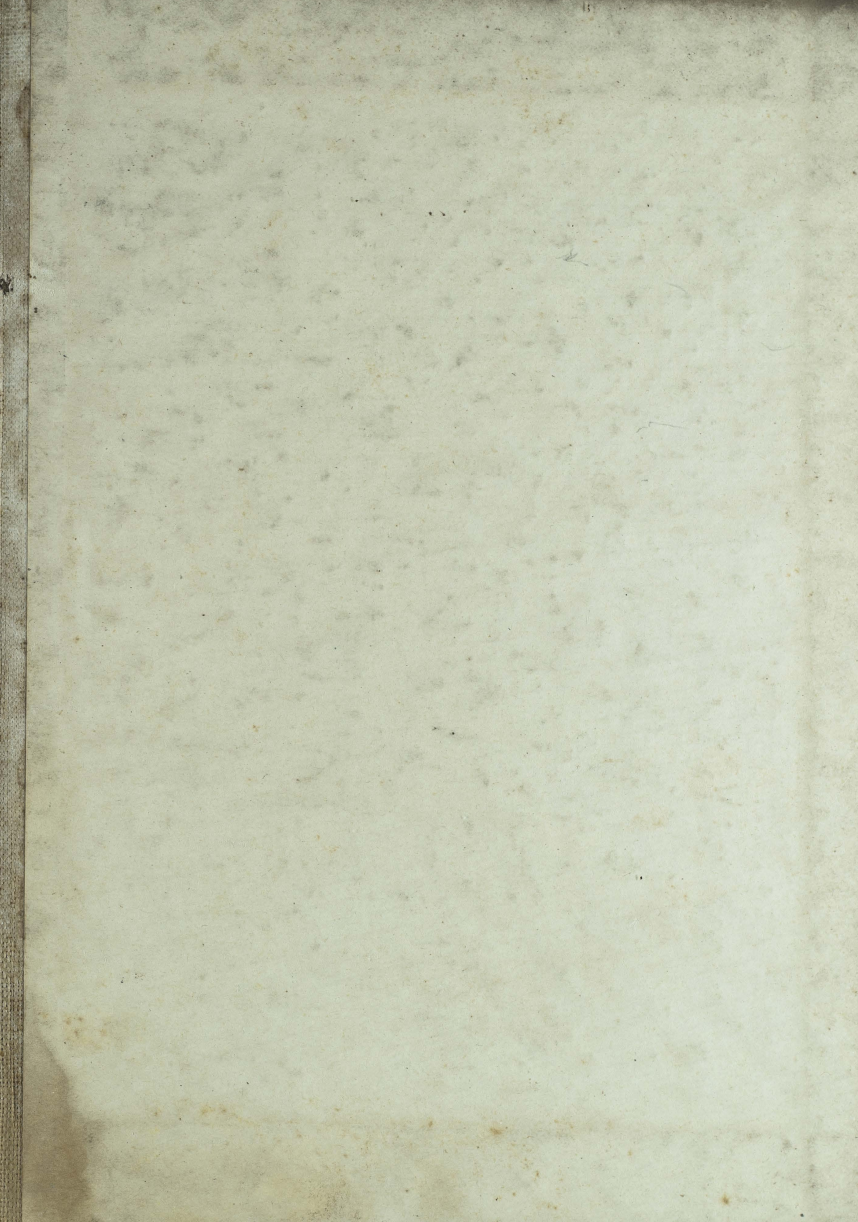
| <u>Capítulos</u> | <u>Páginas.</u> |
|---|-----------------|
| XLVII. El caballo de Alfredito. | 92 |
| XLVIII. El río y las fuentes. | 95 |
| XLIX. Un fallo justo. | 96 |
| L. El majá y el gato. | 98 |
| LI. A la bandera cubana. | 101 |
| LII. Un pleito bien fallado. | 102 |
| LIII. La mariposa y la flor. | 105 |
| LIV. La zarza. | 107 |
| LV. Buenas y malas palabras. | 108 |
| LVI. El piñón y el bejuco. | 111 |
| LVII. La alborada. | 114 |
| LVIII. El azúcar y la sal. | 115 |
| LIX. Un héroe. | 118 |
| LX. La ola y la roca. | 120 |
| LXI. El aguinaldo, el grillo y el totí. | 122 |
| LXII. La cotorra imprudente. | 125 |
| LXIII. En la tumba de Martí. | 128 |
| LXIV. El asno y los leones. | 129 |
| LXV. Idem id. | 132 |
| LXVI. Los tres quejosos. | 134 |
| LXVII. El juego de la gallina quieta. | 136 |
| LXVIII. La golondrina y las demás aves. | 138 |
| LXIX. El limonero y los bejucos. | 141 |
| LXX. Los ánades y el galápagos. | 143 |
| LXXI. El perro jíbaro y el gallo. | 146 |
| LXXII. El pino y el granado. | 149 |
| LXXIII. El pájaro de las alas doradas. | 151 |

Capítulos

Páginas.

| | | |
|-----------|--|-----|
| LXXIV. | La juventud de José Martí. | 154 |
| LXXV. | El canario. | 156 |
| LXXVI. | La gratitud de un león. | 158 |
| LXXVII. | Idem id. | 161 |
| LXXVIII. | El pájaro y el niño. | 164 |
| LXXIX. | Fidel Céspedes. | 166 |
| LXXX. | La bijirita, el mayito y el gavilán. | 169 |
| LXXXI. | Martí. | 174 |
| LXXXII. | El perro y los caimanes. | 175 |
| LXXXIII. | El cangrejo y la ostra. | 178 |
| LXXXIV. | La mariposa. | 182 |
| LXXXV. | El pequeño patriota paduano. | 186 |
| LXXXVI. | Idem id. | 189 |
| LXXXVII. | El niño y el gato. | 193 |
| LXXXVIII. | El Dr. Sabelotoda. | 196 |
| LXXXIX. | Idem id. | 200 |
| XC. | El canario y la jaula. | 204 |





ESCUELAS PÚBLICAS



DE CUBA